

El cura Santa Cruz

Nuevos datos y cartas inéditas del
Archivo de la casa de Zavala.



FICHA TÉCNICA.

Autores:

Zavala Fernandez de Heredia, Luis.

Zavala Arnott, Iñigo.

Cajal Valero, Arturo.

Amutxastegi Ramos, Aitor.

Colaboradores:

Torrontegui Omar, Javier.

Sasiain Iturri, Pello.

Ayerbe Etxebarria, Enrique.

Bermejo Vega, Garoa.

Izagirre Olabea, Josune.

Diseño y maquetación:

© Etor-Ostoa S. L.

Edición ad usum privatum:

© Luis de Zavala y Fernández de Heredia.

EL CURA SANTA CRUZ

Nuevos datos y cartas inéditas del
Archivo de la casa de Zavala.

Memoria del acto académico.
9.06.2018 Iriondo-Goikoa (Gorriti).

ÍNDICE

| | |
|---|----|
| PRÓLOGO | 4 |
| <i>Luis María Zavala Fernández de Heredia</i> | |
| PRESENTACIÓN..... | 8 |
| LAS CARTAS EN EL ARCHIVO ZAVALA..... | 10 |
| <i>Iñigo Zavala Arnott</i> | |
| RECORRIDO BIOGRÁFICO..... | 18 |
| <i>Arturo Cajal Valero</i> | |
| NOTAS HISTORIOGRÁFICAS..... | 26 |
| <i>Arturo Cajal Valero</i> | |
| BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA..... | 47 |
| EL LUGAR DEL COCINERO..... | 52 |
| <i>Aitor Amutxastegi Ramos</i> | |

PRÓLOGO

*Luis María Zavala Fernández de Heredia.
Real academia de la historia.*

Cartas inéditas del cura Santa Cruz en el Archivo Zavala. La presencia de un libro sobre una figura tan controvertida como el cura Santa Cruz entre las publicaciones del Archivo de la Casa de Zavala puede sorprender y es pertinente una explicación: entre las cartas, que constituyen la parte más voluminosa de este archivo, hay 15 que fueron recientemente identificadas. Y el remitente es el mismo cura Santa Cruz; el denostado y mitificado. Las cartas tenían, por tanto, indudable interés; por el personaje y por ser inédito su contenido.

Una mirada retrospectiva al inicio, a la gestión, y al desarrollo del Archivo. Las circunstancias familiares me fueron obligando a ocuparme del legado histórico-cultural de nuestra familia, de la casa Zavala. Una de las tareas primeras fue la de ocuparme en reunir y recuperar documentos históricos de la Casa y de cartas familiares que por su número a ojos vista eran ya un valioso archivo pero que corrían el riesgo de perderse o dispersarse. Las cartas formaban un bloque numeroso. Fueron tareas de recuperación, de crear condiciones de conservación, de clasificación y organización, etc. con recursos propios y subvenciones oficiales que hacían al caso.

Durante mi gestión se aseguró, pues, la conservación de las más de catorce mil cartas, que constituían la parte más voluminosa del archivo, frente a toda eventualidad, por sistemas de microfilmación y las técnicas que fueron surgiendo.

Fueron transcritas las cartas; fueron identificados remitentes y destinatarios, y las correspondientes circunstancias de las que trataban. Estas tareas iban dibujando el árbol familiar y la red de relaciones sociales y fue ésta una de mis ocupaciones, a la que dediqué mucho de mi tiempo.

La anécdota de la identificación de las cartas. Cuando la mayor parte de las cartas familiares que existen en el Archivo tenían ya identificados a los remitentes, quedaron seis que se resistían a la identificación de sus circunstancias y a aclarar la posible de relación de las firmas remitentes con nuestra familia en todos sus extremos de circunstancia y contexto, pero es obvio, especialmente el de la autoría. Y sin embargo, por su contenido mostraban conocimiento y cercanía, y por su estilo suponían una cierta familiaridad.

Esas cartas las firmaba un tal Loidi ... Y como suele ocurrir con incógnitas como éstas, pican nuestra curiosidad y nos suelen situar en un estado de cierta alerta. Y sin duda por ello, en un momento dado, ni buscado ni esperado, saltó la chispa de la sorpresa:

¡¡Loidi ...!! ¡el famoso cura Santa Cruz!, el denostado y ensalzado, y en alguna medida popularmente mitificado!

Y ocurría que por la familiaridad que muestran las cartas, y por la bonhomía, y hasta por algún reflejo de ternura, no se podía imaginar que perteneciesen a semejante personaje, con

fama de ser entre aguerrido y sanguinario.

Archivo de la Casa de Zavala en el Archivo Histórico de Euskadi.

Son cartas, que están a disposición pública, ya que todo el **Archivo de la Casa de Zavala** ha sido donado recientemente al **Archivo Histórico de Euskadi**, pero que han permanecido inéditas hasta esta ocasión. Ahora han sido objeto de mi atención por haberlas identificado recientemente y por ello las hicimos objeto de la presentación oficial que me correspondió organizar y presidir, el pasado 9 de junio, en el acto amistoso y académico al que asistieron los que serán receptores de esta publicación que prologo y que contiene las intervenciones que allá se escucharon.

Interés de las cartas e iniciativa del archivo por divulgarlas. Pero a ese valor de la novedad y del personaje en cuestión se añaden otras circunstancias que acrecientan su interés.

Como he dicho se hacía, pues, necesario aclarar las circunstancias de la relación de Loidi Santa Cruz, alias “el cura guerrillero”, con la familia Zavala. Con el interés añadido de aportar luz histórica documental a esa figura con tintes de leyenda, pero que por el contenido y tono de las cartas apuntaban no sólo a atemperar sino a introducir importantes aportaciones a modo de testimonio personal-documental a su sorprendente cambio que le llevo del activismo guerrillero al de misionero.

El acto de presentación de las cartas. Estas circunstancias me movieron a patrocinar y organizar, el acto académico que tuvo lugar en *Iriondo-Goikoa* de Gorriti, el 9 de Junio de 2018, y a dar a la imprenta en este pequeño libro las intervenciones que allá tuvieron lugar para la presentación de las citadas cartas por parte de: Iñigo Zavala patrono de la Fundación; Arturo Cajal, historiador, con una breve biografía de Santa Cruz como activista guerrillero; y Aitor Amutxastegi con la aportación gastronómica, del lunch que se sirvió al final del acto.

Iñigo Zavala, miembro de la Junta del Patro-

nato de la Fundación del Archivo de la Casa de Zavala, se encargó de la presentación de las cartas y de su contenido. Identificó la fecha en que las cartas fueron escritas, el talante tan alejado de su fase “guerrillera”, que corresponde a la fase “misionera”. No era de menor interés la humanidad que de su autor reflejan los momentos en los que mantenía esa correspondencia con la familia Zavala.

Arturo Cajal, Doctor en Historia, que ha colaborado en varias publicaciones del Archivo en esta ocasión hace una breve revisión de la biografía del personaje como guerrillero situándolo en el contexto de las visiones que ha suscitado, contradictorias no menos que controvertidas, y que de él existen tanto en el campo de la historia propiamente dicha como en el de la que calificaríamos como literatura histórica, suscitada más por intereses partidistas de resignificar su figura y utilizarla como símbolo de otras luchas.

Aitor Amutxastegi, cocinero de nuevos perfiles, digno heredero de su padre, Iñaki, de feliz recuerdo, tendió un puente sensitivo de memoria y evocación hasta el personaje Santa Cruz apoyado en los pequeños datos gastronómicos que nos han llegado: setas al estilo de su amigo, sopas de ajo y sopa de vino. Su imaginación recreó la tradición.

Algunas observaciones que se desprenden de estos trabajos.

Esta nueva y breve vuelta a la historia del personaje ha supuesto para mí la ocasión de poner la atención en algunas perspectivas y rasgos sobre la figura del mismo Santa Cruz y, obviamente, sobre algunos perfiles del carlismo que están afectados por su figura.

La guerra de Santa Cruz

La perspectiva que se percibe en esta biografía guerrillera, y en los juicios que se aportan sobre el personaje, es la de una **doble desmitificación**. Parece traslucirse que Santa Cruz no era **ni estratega guerrillero, ni guerrillero sanguinario**.

No presenta las características de un estratega militar: él no ocupa territorio; y sus acciones son golpes de mano, algunos exitosos, pero siempre de carácter oportunista, sin mayor repercusión en la marcha de la guerra, y que quedarían limitados a los efectos propagandísticos en la moral de las tropas, por el arrojo y capacidades personales.

Santa Cruz tampoco ofrece perfiles de guerrillero cruel y sanguinario; imagen que habría sido magnificada por sus detractores. Su participación en la guerra, aun siendo clérigo, y por la rigurosidad y la violencia de sus acciones, habría que situarlo en la perspectiva de los contrastantes perfiles personales y en el contexto de guerra, dentro de los estándares éticos y de concepciones ideológicas, y de las sensibilidades de la época.

Santa Cruz arrepentido y recuperado para el servicio religioso. La imagen que traslucen las cartas del archivo como documento avalan un perfil humano lleno de humanidad.

Estilo de pastoral religiosa. Lo cierto es que este nuevo cura, que es Manuel Loidi, que es como firma estas cartas del archivo escritas desde Colombia, en su pastoreo espiritual en aquellas tierras, guarda algunos rasgos de mentalidad militar del anterior Santa Cruz, porque, como dicen sus biógrafos, convoca a los feligreses a toque de corneta, y sin duda los subyuga con algún magnetismo de su personalidad y de su retórica pues le guardan una cierta veneración tal y como lo han descrito sus biógrafos.

Testimonio de Humanización del personaje. Estas cartas quedan como testimonio documental de sus comunicaciones finales, donde hace gala de racionalidad que distingue y jerarquiza valores y distingue planos, con el carácter y el tono solemne de un testamento, lo redimen, humanizan su figura librándola de ser utilizada como ejemplo de brutalidades.

Así estas cartas que colaboran a la humanización de la figura del personaje cierran el paso a cualquier intento de tomarlo y propo-

nerlo como modelo y símbolo de patriotismos violentos o de que se pudiese pensar que sus rasgos violentos pudieran corresponder a la idiosincrasia de las gentes del País.

Significación del Cura Santa Cruz

- Fue sin duda víctima por error de su propio Integristmo, entendido y vivido como exigencia extremosa a la doble fidelidad: a la religión y a la política.
- Santa Cruz es representativo de su entrega a la doble fidelidad a sus creencias religiosas y a los valores de su ideología, pero vividos ambos en la extremosidad integrista.
- Santa Cruz se representa, sola y exclusivamente, a sí mismo. Y no hay base para convertirlo en símbolo. Su vida es susceptible de un sencillo esquema : de clérigo; guerrillero; arrepentido; misionero. Cabe una lectura edificante.
- Santa Cruz no representa a la milicia del carlismo. Santa Cruz se mueve en un contexto en el que tiene el contrapunto correcto de los generales Lizarraga y Valdespina.
- Es significativo que la defensa que en algunos de sus comportamientos hacen de SC los santacruzistas, no lo están haciendo por razones de principios, sino que están tratando de justificarlo, por las circunstancias concurrentes. Se evidencia que ambas partes, carlistas y liberales, se encuentran y argumentan desde similares bases éticas.
- Manuel Loidi, la nueva persona que ahora responde a ese nombre, descubre los escondidos valores y su dimensión humana de nuestro personaje en cuestión.
- Como responsable del archivo me remito al libro **Paz y Fueros** del Dr. Arturo Cajal, donde se aborda lo que es más central que el integristmo en el carlismo: la cuestión foral.

IMÁGENES DEL ACTO ACADÉMICO EN IRIONDO-GOIKOA (GORRITI)

9.06.2018



Borja Aguinagalde (director del Archivo Histórico de Euskadi) saluda a la presidencia del acto. En el centro Luis María Zavala Fernández de Heredia, a su izda. Iñigo Zavala Arnott y a su dcha. Arturo Cajal Valero.



Los asistentes en la biblioteca de Iriondo-Goikoa (Gorriti).

PRESENTACIÓN

INTRODUCCIÓN AL ACTO ACADÉMICO.

La tarjeta de invitación al acto académico de presentación de las cartas inéditas existentes en el Archivo de la Casa de Zavala que había de celebrarse en Iriondo-Goikoa (Gorriti) el 9 de junio de 2018, contenía un texto que ahora resumimos a modo de introducción para esta publicación de las intervenciones que entonces allí tuvieron lugar.

SEMBLANZA DEL CURA SANTA CRUZ: DE GUERRILLERO A MISIONERO.

Manuel Ignacio Santa Cruz Loidi, “el cura Santa Cruz”, es una de las figuras más controvertidas y mitificadas de la Historia vasca.

Nacido en Elduain en 1842, tras estudiar en el seminario de Vitoria-Gasteiz se convierte en párroco de Hernialde.

Pero, con motivo de la revolución de 1868 y las medidas anticlericales del nuevo régimen, comienza a significarse como guerrillero carlista que acaba resultando problemático para sus mismos correligionarios lo que le lleva a escapar y exiliarse en Francia (1870). Tras una auténtica conversión, finaliza en Colombia como misionero integrado en la Compañía de Jesús.

En 1872, ya como guerrillero, habiendo sido hecho prisionero, y estando a punto de ser fusilado, consigue evadirse y refugiarse en suelo francés; es el preámbulo de la que será la más

célebre etapa de su vida (diciembre 1872 -julio 1873), coincidiendo con el estallido definitivo de la que será la última guerra carlista. Fue un breve período de apenas 7 meses, suficiente sin embargo, para convertirse en el más duro y famoso guerrillero vasco, con una indisciplinada y sangrienta actuación que le llevará a ser cesado por el alto mando carlista.

Tras huir a Francia, hace examen de conciencia con los jesuitas de Lille, y pasa por Londres. Ya convertido en misionero, ejerce labores pastorales primero en Jamaica y, finalmente, en Colombia, donde fallece en 1926.

El origen de su fama.

Santa Cruz ganó celebridad por sus artimañas en episodios rocambolescos como sus celebradas fugas cuando estaba pendiente de ser juzgado y pasado por las armas.

Pero también por la dureza en que se empleó como jefe de guerrilla con varias ejecuciones lamentables.

Por último, resuenan los ecos de su enfrentamiento con los generales del ejército carlista (Lizarraga y Valdespina), que le obligan a su último exilio en Francia.

Perspectivas historiográficas.

Visiones ideologizadas.

Se hace una aproximación a la figura de Santa

Cruz desde diferentes perspectivas ideológicas, y marcadamente e interesadamente ideologizadas algunas de ellas, por lo que pueden entenderse y perfilarse como notas historio-gráficas.

Héroe sagaz para unos, cruel fanático para otros, su conducta como guerrillero en 1873 ha sido objeto de muy diferentes juicios por numerosos autores: liberales, carlistas (divididos a su vez en *santacruzistas* unos y *antisantacruzistas* otros), y finalmente nacionalistas.

Fué, para sus críticos:

- un *“pobre diablo histérico, enfermo, convencido de su misión providencial”* (Pío Baroja);
- *“villano hasta donde no se puede más”* (general carlista Valdespina);
- *“rebelde a toda autoridad, la deshonra de nuestra hermosa bandera (...), miembro podrido de la comunión católico-monárquica”* (Miguel Dorronsoro, Diputado General carlista).

En cambio, para los *santacruzistas* constituye un ídolo a la vez guerrero y santo.

EL MISIONERO MANUEL LOIDI.

El valor histórico de las cartas del Archivo Zavala.

El testimonio arrepentido de Loidi, El Cura Misionero. El contrapunto del Santa Cruz Guerrillero.

En el Archivo Zavala se conservan una serie de cartas escritas por el cura Santa Cruz a Ramón Zavala y a su esposa, unas desde su exilio en Lille (1874-1875), otras, ya como misionero, desde Jamaica (1877) y desde Colombia (1907-1919).

En las misivas que escribe el Cura desde Lille, tras haber sido expulsado de Gipuzkoa por los propios generales carlistas, Santa Cruz se muestra arrepentido por su turbulenta actuación militar, así como por la división que su polémica actuación había introducido dentro del propio bando carlista.

“Más servicio puedo prestar con la oración que de cualquier otra manera. Y si antes el

amor del país (creyendo mal) me llevó a despreciar la vida, hoy [estoy] bien convencido que no hay otro medio que la oración y la predicación”.

“Estoy leyendo de la humildad y veo cuán lejos estoy de tener esa virtud (...) y veo cuán difícil es adquirir virtudes en la vida bullíciosa de campaña y que se llena de vanidad y orgullo”.

“Yo no tenía Caridad, no sabía lo que era (...)”

LAS CARTAS EN EL ARCHIVO ZAVALA

Iñigo Zavala Arnott.
Patrono de la fundación Archivo de la casa de Zavala.

INTRODUCCIÓN.

Dos vidas; dos firmas.

Primero quiero subrayar el valor de las cartas que más recientemente han sido identificadas por Luis Zavala que tienen como remitente al Cura Santa Cruz, pero que llevan la firma: **Manuel Loidi**. Este detalle tiene una especial significación en la biografía del personaje al que pretendemos aproximarnos.

Es fácil interpretar el significado del cambio de firma: una firma representa a la persona incluso gráficamente. El cambio de firma, indica la voluntad de expresar su cambio de vida.

Un aspecto de la importancia de estas cartas radica por tanto en que suponen un testimonio documental del cambio de espíritu que se ha producido en la vida de Santa Cruz, ahora misionero.

De esta manera estas cartas iluminan la biografía del Santa Cruz misionero, del guerrillero arrepentido, de la dimensión humana ahora sacada a la luz.

Las cartas.

Mi cometido es hacer una breve aproximación a las cartas del Cura Santa Cruz que se encuentran en el Archivo de la Casa Zavala.

En el archivo hay 15 cartas del cura de Santa Cruz. Están escritas desde diferentes lugares y están dirigidas a diferentes miembros de la familia Zavala durante un periodo muy exten-

so de tiempo: 45 años, desde 1874 hasta 1919.

Alguna de las cartas las firma Luciano Mendizabal, párroco de Tolosa y compañero en el exilio; su amigo incondicional.

Las primeras cartas son reservadas y lo recalca con advertencias diferentes:

“esta es exclusiva para V. y que nadie tenga noticia de ella”

“cuando venga D. Ramón (Zavala Salazar) puede V. enseñarle las cartas si quiere: pero no quiero que salga fuera de ahí”

Los destinatarios.

Las cartas van dirigidas a Ramón Zavala Salazar (1817-1898) y a Florencia Ezarrizaga (1832-1897), su mujer, y a sus hijos, José Manuel (1856-1914) y Luis (1863-1948).

Ramón Zavala era el hijo menor del conde de Villafuertes, vivía en el Palacio de Aramburu de Tolosa y era por entonces un destacado dirigente carlista, como también lo era su hermano Ladislao.

El hijo mayor de Ramón, José Manuel, era por entonces un joven idealista, de unos 17 años, que lo que anhelaba era unirse a las milicias carlistas.

También existen cartas escritas a Soledad Monzón (1863-1924), esposa de José Manuel,

a la cual el cura no conoció pero le solicita ayuda económica, para las misiones en su última etapa.

Origen de las cartas.

Las cartas están escritas desde los diferentes sitios en los que estuvo una vez abandonada España:

- Primero desde Lille (colegio Saint Joseph) (1874 - verano del 75), donde estuvo desahogado.
- Luego Londres (hasta noviembre del 76) donde perfeccionó su inglés y se preparó para las misiones.
- Jamaica (1877-1892) en donde había una pequeña misión de jesuitas ingleses.
- Y al final desde Pasto en Colombia.

Es reseñable la peculiaridad de que en el momento en que escribe desde las misiones, hacia 1877, no firma ya como Manuel Santa Cruz, sino como Manuel Loidi, utilizando el apellido de su madre.

Dos aspectos importantes a destacar de las cartas.

Cercanía.

La correspondencia refleja una relación muy cercana entre Santa Cruz y la familia Zavala. Les aconseja en temas políticos:

Las autoridades querían darle a Ramón, contra su voluntad, el cargo de Alcalde de Tolosa, y sobre ese asunto viene el consejo:

“que para eso se necesita un pilla al que nada le importa”

“No tengan Vs. ninguna confianza en ningún hombre público particularmente en política porque se llevarán chascos”

“lo mejor es que cuanto antes salga de entre esos lobos”

Como José Manuel insistía en alistarse a la facción:

“Hoy que fuese yo a España de jefe (sic) no llevaría a Jose Manuel ni siquiera conmigo por lo mucho que le quiero y porque compren-

do los grandes peligros que hay en ello.”

“Perdoneme la molestia que le doy con letras tan mal escritas y tan largas: es cierto que a toda su familia le quiero de todo mi corazón y espero guardar el cariño hasta morir”.

Mi muy querido José Manuel:

Dios te ha hecho feliz en este mundo, con la mayor felicidad, verdadera; te ha dado buenos padres, buenos principios de educación cristiana, te ha dado talento para conocer bien, y medios con la salud; estas en la edad de servir a Dios pero también en el peligro de ser engañado con las ilusiones de juventud todo está en ti (te lo dice uno que tiene experiencia) si sin dejarte engañar sigues el ejemplo de tu padre desde luego; serás feliz aun en este mundo y no tendrás el sentimiento de no haber aprovechado: como muchos tienen sin tener remedio tal vez;

“ten a mucha honra de tener un padre como el que tienes; es la mayor dicha que Dios te ha dado y te ha podido dar; procura pues imitarle, pero sobre todo procura estar ocupado y nunca desear figurar ni ocupar ningún puesto en el mundo al contrario procura dedicarte a tu casa y vivirás tranquilo evitando muchos disgustos y peligros”,

estoultimo te digo porque los jóvenes comienzan a caer por el deseo de figurar: No sientas que te hable así: te hablo porque conozco las bellas dotes que Dios te ha dado y quisiera no las perdieras en este mundo lleno de peligros.

“Yo siempre tendré a mucha honra el haber tenido por amigo a tu querido padre a quien le quiero con delirio”

“Luisito, cómo te daría un beso a ti, mi querido: pero mamá te dará por mí y espero te acordaras de mí, como yo me acuerdo de ti”

Reciba mi cordial saludo como prueba de cariño de su S.S.Q.S.M.B.

(Firmado:) Manuel Santa Cruz

Esta exclusiva para V. y que nadie tenga noticia de ella.

Se despide con un:

“Todavía no he perdido la esperanza de verles”

A mi parecer esta relación es tan estrecha, que nos lleva a pensar que durante sus andanzas, el cura Santa Cruz, visitó a menudo el Palacio de Aramburu.

Arrepentimiento y búsqueda de perdón.

Es importante la carta escrita a Ramón Zavala para que difunda entre sus amistades de Tolosa y San Juan de Luz. Es importante el contenido, a modo de testamento que, sumado al lenguaje utilizado, le confiere un carácter de declaración pública de indudable solemnidad. Es igualmente significativo de la relación que le unía con Ramón Zavala que le encargase a éste el cometido de difundirla. Es una carta que redime su memoria.

“Sepan que yo, aunque vea quemar España entera, no me pondré en el terreno militar; ni jamás pienso pisar el suelo de mi país si no es a salvar las almas con la predicación; de muy distinta manera que antes (...)”.

“Más servicio puedo prestar con la oración que de cualquier otra manera. Y si antes el amor del país (creyendo mal) me llevó a despreciar la vida, hoy [estoy] bien convencido que no hay otro medio que la oración y la predicación”.

“Hoy le diré la verdad. La guerra de España es un castigo por los pecados de esta sociedad y sobre todo por el olvido de los deberes de muchos de nosotros, yo el primero, es preciso que ella pague y nosotros paguemos. Hasta ahora está pagando el pueblo, ¡ah, pobre pueblo!, no es tuya la falta, tú pagas nuestras faltas, tienes Fe, no hay pueblo en el mundo que tenga tanta Fe. Pero también llegará el castigo a los demás, a nosotros”.

“Estoy leyendo de la humildad y veo cuán lejos estoy de tener esa virtud (...) y veo cuán difícil es adquirir virtudes en la vida bulliosa de campaña y que se llena de vanidad y orgullo”.

“Yo no tenía Caridad, no sabía lo que era (...), y gracias a los Jesuitas aprendí a hacer la oración y con ella me vinieron todos los bienes”. “Si todos somos hermanos y si hay disensiones entre nosotros es porque hemos olvidado lo que Dios hizo por nuestro amor. Sí, he reflexionado bien y por eso el odio (que, no lo niego, tuve) se ha convertido en amor (...)”.

“No pierdo esperanzas de volver a España, no sé lo que me hace creer (...)”.

“Perdonadme, yo a todos perdono (...)”

“Queridos vascongados, yo os tengo presentes a todos; no hay diferencia en mí, a todos.”

Una carta del archivo de Tirso de Olazabal.

Hay una carta en el archivo de Tirso de Olazabal, que me parece muy interesante añadir y que le escribe Santa Cruz, desde Londres, al general Lizarraga (su gran enemigo junto a Valdespina, dentro del carlismo):

“Muy distinguido general de mi respeto, aprovecho una ocasión para pedir a VE perdón de las faltas que haya habido de mi parte y le suplico tenga seguridad de mis simpatías para con VE. Mi mayor deseo es tener ocasión para probarlo. El humilde servidor en Jesucristo que ruega al señor por su salud.”

Contesta Lizarraga desde París en 1876:

“Muy señor mío y mi corona de espinas en otro tiempo hoy el regocijo de mi corazón (...)”

“No es posible pintar a V la alegría que me produjo la suya sin fecha que recibí (...)”

Podemos creer o no en la sinceridad del Cura Santa Cruz, pero leyendo las cartas que se encuentran en el Archivo Zavala, no se puede negar, tal como él mismo muestra, su arrepentimiento y la búsqueda de perdón.

10 A 9

Noche 21 de noviembre de 1874

Sr. Don Ramon de Zabala Salazar

ARCHIVO DE LA
CASA DE ZAVALA
SAN SEBASTIAN

Muy tenor mio y querido amigo: las dos cartas de-
das y cerradas mandadas a su destino, le pongo; si quisiera
copiar puede hacerlo toda vez que quiera que cuenta.

Lo que hace un pintor cuando toma un modelo o
una imagen cualquiera: examina, como esta; y si esta, acobor-
me al modelo que se propone, y si ve que no esta bien,
lo primero que hace, es darle un buen blanco para un-
brir todo lo viejo y despues con un modelo a la cri-
ta va dibujando y pintando con cuidado. Pues bien
yo he tomado por decirlo asi en las manos el cuadro
de mi vida y despues de bien examinado he visto que es-
ta muy lejos de hallarse bien y que hay muchas partes
por las que antes de comenzar a pintar, me ha pose-
do de mi deber cubrir o retirar lo mal hecho en cuen-
ta me es dada. Ah! mis queridos de esta oron, el hom-
bre publico y quien es copiar de calantes la responsa-
bilidad que tiene delante de Dios cuantas maneras de
obedecer a Dios nos hay: si es preciso consue-
lo que he dado pie para hablar mal rescatando tal vez sin
cordes y virtual vez ignorando los asuntos. Por eso yo
os suplico, procurari olvidar, no os fijari en lo que
he hecho o dejado de hacer, con la gracia de Dios
me he propuesto sacar mejor cuadro, cambio en el
me dara la gracia, vosotros pedidle mucha.

Si, quiero no perder tiempo quiero que desparezcan

En ella me manifiesta el consejo que Dios sea

Manuel Santa Cruz

Esta sobre lo pasado lo presente y lo que me espera
por venir: veame libre de todos los compromisos y entorpecer

Manuel Santa Cruz

no pensar bien, después de toda agitación. Así como

con las excusas ocasionadas por mi, pero lo posible,
¿No es mi deber? Esos que si. Voy a buscar a mis
opositoros, si quisiera buscarlos voy a pedir y dar algo
pedir perdón a todos por las faltas cometidas por mi o
por mi y ser perdón generoso a todos cuanto me
y os sea la culpa y me gusta. Ah! pero encuentro
muchos opoedores y muy en abaco y los que parecen
solo no lo eran sino emisarios de Dios: si tenian
razon al haarme contra. Soy mis queridos, yo os
quiero abracar, en la opinion de mi corazon lo
digo. Como no? Dios me ha librado de tantas
peligros, en recompensa que podis hacerle por el. Vite-
dos somos hermanos y si hay discusiones entre noso-
tros es porque hemos olvidado lo que Dios hizo por
nuestro amor. Si he reflexionado bien y por eso
el odio (que no lo niego) se ha convertido en amor
si, creedme: perdonadme, yo a todos perdono, yo os
quiero con amor por ser cristos y deseara serlo
en tal sentido.

Si, tomis estas cosas no es porque busque
vuestra benevolencia y amistad, no: es para pedir os almas
devotas y virtuosas; que contribuyais con vuestras fuerzas
a cortar y apagar todo cuanto viva de materia
de murmuracion sobre todo y a la cual tal vez hay adido
motivo (aun hoy mismo) Si la murmuracion es preciso
evitar porque se ofende mucho a Dios.

En amandome Dios
en vuestras pervinientes oraciones, Dios os premiará.

quisiera saber si otra tal vez contribuya a salvar algu-
nas almas? Veamos lo posible y si os agradece
y procurará con su poder.

Queridos hermanos yo os tengo presente a todos, no
hay diferencia en mi a todos.

Mi tiempo para mi me repito de él!

M. S. S. M. S.

Manuel Santa Cruz

Para varias personas de Sr. Juan de Luz
y sus mediciones enseñadas suplico si es posible

Lille 12 de Octubre de 1874

Reservada Lille 12 de octubre 74

Dña. Florencia de Eznarriazaga

Muy apreciable Señora y amiga en J.C. mañana o pasado Dios mediante iré a la soledad, por algun tiempo y ojala! no lo creo, hasta morir; para prepararme bien antes que llegue el consabido permiso: el cual sino ha venido ya es por la torpeza inesplicable de un Padre Jesuita en quien confiamos el negocio sin que le pidieramos cuenta de sus pasos; hasta que hemos caido en cuenta de que no comprende estos negocios; pero sea de ello lo quiera aun en eso Dios tendraalgun designio conmigo y no hay mas que conformarse; pues que asi lo permite en sus altos juicios. Si hé de decir la verdad yo estoy contento de mi situacion; que no es triste como pudieran suponer en esa (al menos al presente) y doy gracias a Dios por que en medio de tantos peligros de todas clases me ha salvado con vida para que porfin comprenda lo que es el mundo, de tal modo que no tenga ya para mi ningun aliciente; el mundo me ha dejado primero y por eso no tengo ningun medito delante de Dios; pero no por eso deja de ser un gran bien para mi y motivo de consolacion por la misericordia que Dios ha tenido conmigo.

No escribo por cumplido lo hago asi porque les sirva de consuelo en los trabajos por los que estan Vs. atravesando en estos momentos. Yo no me estraño nada de lo que les pasa al contrario creo que preciso y es en bien de Vs! no lo dude es una prueba de lo mucho que les quiere Dios. En las tribulaciones se acuerda mas de Dios que en las consolaciones, el que en este mundo vive contento tiene pena de dejarle y entonces es prueba de que no ama en cierto modo a Dios como es menester pues no se pueden amar a la vez el mundo y Dios: no se pueden tener a la vez dos amantes el uno ú el otro le dejarán en cuanto se aperciba que hay otro amante. Todo sirve pues para que mas y mas pensemos en Dios como nuestro fin y este mundo como un destierro lo aborrezcamos.

En verdad que bien necesitan Vs. de paciencia y desearia bien servirles de consuelo en sus trabajos: en mis oraciones me acordaré de Vs. es lo unico que puedo.

En cuanto a Jose Manuel creo que bastante le tengo ya dicho en lo demas lo que pudieran hacer es ir trampeando de una manera u otra sin descubrirse.

Hoy que fuese yo a España de gefe no le llevaria a Jose Manuel ni siquiera conmigo por lo mucho que le quiero y porque comprendo los grandes peligros que hay en ello.

Perdoneme la molestia que le doy con letras tan mal escritas y tan largas: es cierto que a toda su familia le quiero de todo mi corazon y espero guardar el cariño hasta morir.

Mi muy querido Jose Manuel: Dios te ha hecho feliz en este mundo, con la mayor felicidad, verdadera; te ha dado buenos padres, buenos principios de educacion cristiana, te ha dado talento para conocer bien, y medios con la salud; estas en la edad de servir a Dios pero tambien en el peligro de ser engañado con las ilusiones de juventud todo está en ti (te lo dice uno que tiene esperiencia) si sin dejarte engañar sigues el ejemplo de tu padre desde luego; seras feliz aun en este mundo y no tendras el sentimiento de no haver aprovechado: como muchos tienen sin tener remedio tal vez; ten a mucha honra de tener un padre como el que tienes; es la mayor dicha que Dios te ha dado y te ha podido dar; procura pues imitarle pero sobre todo procura estar ocupado y nunca desear figurar ni ocupar ningun puesto en el mundo al contrario procura dedicarte a tu casa y viviras tranquilo evitando muchos disgustos y peligros, esto ultimo te digo porque los jovenes comienzan a caer por el deseo de figurar: No sientas que te hable asi: te hablo porque conozco las bellas dotes que Dios te ha dado y quisiera no las perdieras en este mundo lleno de peligros.

Yo siempre tendré a mucha honra el haber tenido por amigo a tu querido padre a quien le quiero con delirio.

Luisito como te daría un beso a ti mi querido: pero mama te dará por mi y espero te acordaras de mi, como yo me acuerdo de ti.

Reciba mi cordial saludo como prueba de cariño de su S.S.Q.S.M.B.

(Firmado:) Manuel Santa Cruz

Esta exclusiva para V. y que nadie tenga noticia de ella.

Todavía no he perdido la esperanza de verles.

Si les ocurre alguna vez despues que mi amigo vicario salga de esta algo que comunicarme dirigirá al Mr. GustaveTherySquareJussien n° 33



Florencia Eznarrizaga, una de las destinatarias.

JHS

República de Colombia

Por Zumaco

Pasto Abril 24 - 1917

Señora Soledad Monzon de Zabala. Tolosa

Muy buena Señora: No se extrañe que le escriba por primera vez. Solo me he atrevido por la amistad que tenia con mi buen D. Manuel Q.E.P.D. Ademas por la mucha intimidad que tuve con los mayores.

Como V. sabe estoy aqui con los Padres Jesuitas en el Colegio. El Padre Merino me habló mucho de V. y me recordó cómo estuvo ahí por algunos días.

Si no le es molestia tendría por gran favor me mandase unos cuantos rosario y Medallas como de Lourdes si es posible tocados en la gruta. Algunos escuditos del Corazon de Jesus para propagar en mis pobres indios. Semillas de toniate pino para formar arboleda.

Tengo una iglesia dedicada á San Ignacio en el campo y se va haciendo célebre el nombre de Nuestro Señor Padre. Muchos favores hace á esta pobre gente y le tienen mucha confianza. Todo el contorno de esa iglesia está bautizado con el nombre de San Ignacio. De manera que antes ni sabian el tal nombre; pero ahora se nombra con veneracion y amor.

Me olvidaba recordar unos cristicos del tamaño largo como esta linea. Perdoneme muy buena señora y agradeciendole de ante mano soy su atento

(Firmado:) Manuel Santa Cruz.

J.M.J.

Jamaica 1° de Junio de 1877

Señor D. Ramon Zabala

Muy apreciado amigo: hace algun tiempo Felipe me dió sus noticias y su ida a Valladolid. Me indicó como se acordaban Vs. de mi; tengo que agradecer muchísimo su buena voluntad: bien me acuerdo tambien de Vs. siempre les hé apreciado y respetado por la idea que tengo formada de su nobleza de caracter y rectitud de sus intenciones: Ha hecho sacrificios por Dios y no tengo duda Dios le recompensará con largueza y considero el mayor beneficio de Dios el aislamiento ó persecucion que sufren. En la vida de Santa Teresa leo cómo Dios usa con las almas escogidas: recompensando nuestros esfuerzos en amarle; no con consuelos sino con nuevos trabajos: así usó con Santa Teresa, animese pues a llevar con animo sus trabajos, considerando cómo goza ahora Santa Teresa en el cielo ocupando un lugar distinguido en el cielo.

Y si el Señor le distingue en este mundo con adversidades tambien le distinguirá en el cielo con gloria sin fin. Le digo cosas que sabe mejor que yo: para que tenga un consuelo pues le hablo con alguna experiencia de la admirable bondad de Dios que aunque no por el mismo camino que V. me tocó la suerte de gustarla.

Y debe saber mi punto de residencia ó destierro: mi situacion se mejoró mucho desde que Vs. me tubieron: mucho debo a sus oraciones. Ahora veo cuan grande y noble es el ministerio del misionero lleno de Caridad: y veo tambien la diferencia que hay de ser a ser que yo no tenia Caridad no sabia lo que era: es otra cosa que palabras la experiencia: y gracias a los Jesuitas aprendi a hacer la oracion y con ella me vinieron todos los bienes. Felices trabajos y persecuciones que me arrojaron a tan dulce precipicio.

Un recadito de Dña. Florencia recibi hace mucho tiempo: ya se acordará lo que dijo á Dn. Jose Zalacain, por toda respuesta alla va = mucho estimaba la gloria; era un gran elemento en mi: piense pues que derepente se hace el disparate de renuncia? Cuando se renuncia o es un horroró ha encontrado otro modo de adquirir la gloria desate ese nudo.

Esta isla pertenece a los Ingleses todo esta apestado de templos protestantes Baptistas lo que mas, pero se conoce estan en decadencia: no se necesita mucho para echar por tierra. Si hubiera aqui como el que habra en S.M. bien pronto prontodesaparecianaqui los protestantes. Hay católicos hay buenos y malos ya se sabe: la miseria es que muchos no hacen distincion ninguna: la ignorancia es grande. Jesuitas Ingleses dirigen esta Isla pero son pocos para tantos. Aqui ando tambien predicando en Ingles por el campo, puede figurarse como hablaré. Sin embargo con el fusil del pedernal me acuerdo se mataban teniendo buen ojo y buena polvora. El que queda en mi yo en el, esto tal produce mucho fruto me consuelo mucho al considerar cuan facil es dar mucho fruto. Teniendo tales medios hé perdido los años y arboles sin cultivar. Rueguen mucho por mi porque trabaje para la gloria de Dios.

Si tiene modo de mandar algunos libros escapularios etc. puede mandar a Zalacain en particular me alegraria tener la fotografia de Santa Teresa que se conserva en Barcelona: como la mision es pobre cualquiera cosa sirve para propagar.

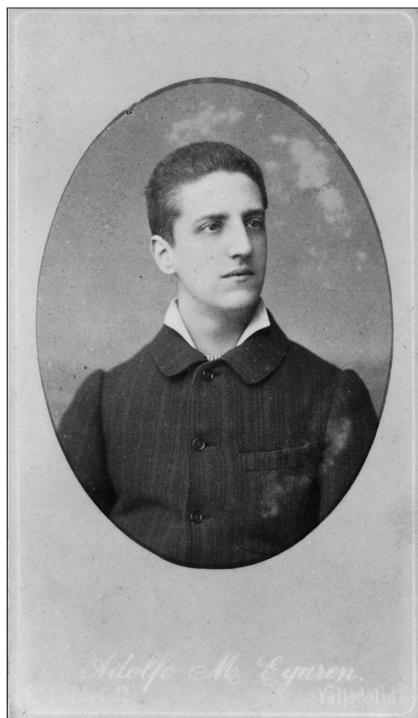
Mil cosas a Jose Manuel que se acuerde de mis consejos, a Luisito que ruegue por mi, á Dña. Florencia que no se apure que yo miro por el honor de mis amigos y por eso he elegido el mejor modo.

(Firmado:) Manuel Loidi.

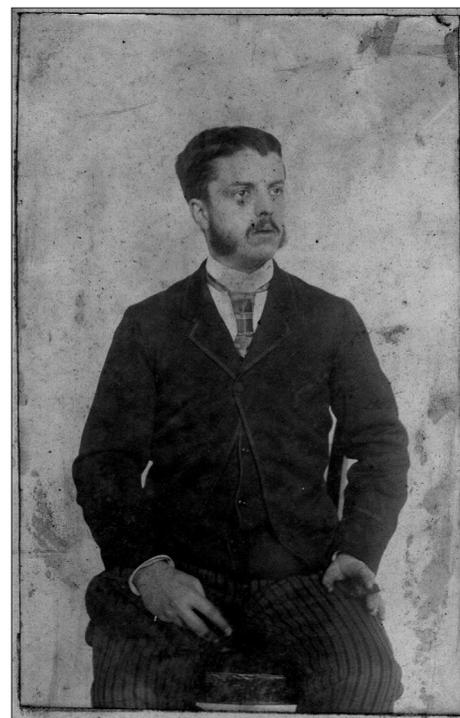
Destinatarios.



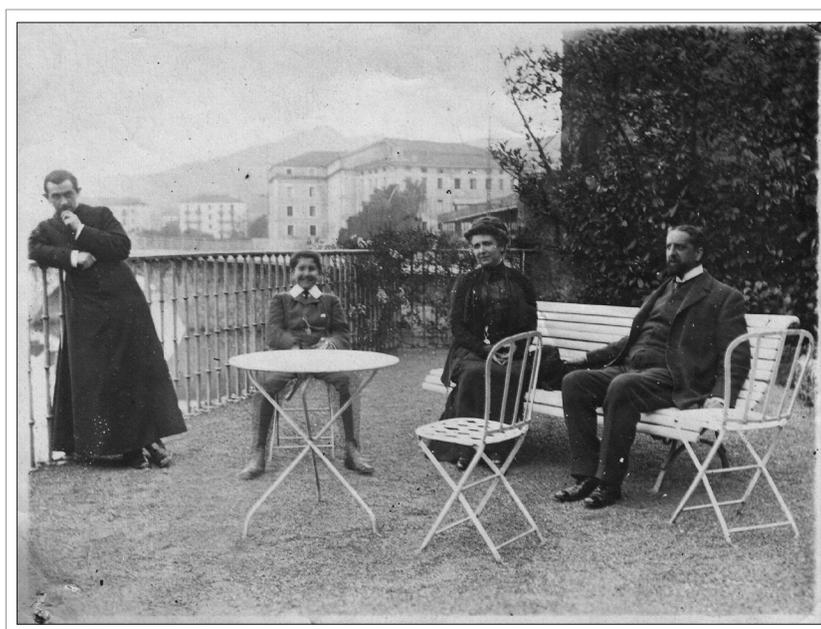
Ramón Zavala Salazar.



Jose Manuel Zavala Eznarrizaga.



Luis Zavala Eznarrizaga "Luisito".



De izda. a dcha. el capellán de la familia Zavala Don Manuel Onieva, Ramón Zavala Monzón, Soledad Monzón y José Manuel Zavala Eznarrizaga en el palacio de Aramburu.

RECORRIDO BIOGRÁFICO

Arturo Cajal Valero.
Doctor en historia contemporánea.

DE GUERRILLERO A MISIONERO.

Manuel Ignacio Santa Cruz Loydi nació el día 23 de marzo de 1842 en Elduain, en el caserío “Zamonea” o “Samonea”.

Era hijo de Francisco Antonio Santa Cruz Sarobe —natural de Elduain— y de Juana Josefa Loydi Urrestarazu —nacida en Amezqueta—. Tenía una hermana 6 años mayor que él, Josefa Ignacia. El padre había luchado en las filas carlistas en la primera guerra. Murió a los 4 meses del nacimiento de Manuel. La viuda casó en segundas nupcias 4 años después.

Un primo carnal, el sacerdote D. Francisco Antonio Sasiain Santa Cruz, 30 años mayor que él, lo llevó a Tolosa para instruirlo.

El inicio de su vida en religión y milicia.

Con 19 años fue al seminario de Vitoria-Gasteiz. Ordenado sacerdote en 1866, fue destinado a la parroquia de Hernialde.

Con la revolución de 1868, se introducen una serie de medidas en materia religiosa (libertad de cultos, supresión de los jesuitas, cierre de otros conventos, etc.) que irritan sobremanera al cura.

El hombre se dedica a leer vidas de santos y además, muy en especial, la historia del famoso cura guerrillero Merino, cuyas andanzas se sabía de memoria

(Jerónimo Merino, burgalés, se había echado al monte en 1808 contra los franceses, pero también

en 1823 y en 1833 contra los liberales, siendo uno de los más duros cabecillas carlistas, negándose a aceptar en 1839 el Convenio de Vergara, y exiliándose en Francia).

La motivación integrista: dos fidelidades en una. El motivo de la entrada en liza del cura Santa Cruz, no fue otro que su integrismo religioso. Como él mismo recordará en un escrito de 1918, “*La fe y la religiosidad han sido siempre proverbiales en aquella bendita tierra; y la creencia de que el triunfo de las armas carlistas era también el triunfo de la religión, venía a ser por entonces una persuasión íntima y general*”.

Inicios del activismo militante en Hernialde.

Santa Cruz empieza a esconder en las cercanías de Hernialde armas que le entregaban para su custodia. Sus sermones empiezan a inquietar a las autoridades liberales, que le llaman a su presencia, pero el cura no se presenta.

Detención y fuga. El 6 de octubre de 1870, mientras celebraba misa en su parroquia, llegó un destacamento del Ejército (batallón de cazadores Segorbe) para detenerle (al parecer, fue el sacristán de la parroquia, que era anticarlista, el que le había denunciado).

El cura pidió permiso al capitán para desayunar como solía hacer en casa de su señora, en el caserío Urrutikoetxea.

El capitán se lo concedió de buen grado, poniendo algunos soldados delante y detrás del caserío, pero dejándole entrar solo. Entonces se quitó la sotana, se vistió de casero con abaracas y boina, se puso una cesta sobre la cabeza, cogió una hoz, salió del caserío, se metió en un maizal cercano y desapareció. Cuando después de buen rato entraron los soldados a buscarle, no encontraron más que el chocolate intacto en la mesa, la sotana y el sombrero.

Durmió esa noche en Bidania, donde el párroco le albergó, y después de andar varios días por Tolosa y por Zarautz, pasó a Francia por Irun.

De vuelta a Gipuzkoa. En abril de 1872, un

año y medio después, entró en Gipuzkoa como capellán de la partida de Recondo, que al poco tiempo se rindió acogiéndose al Convenio de Amorebieta; el cura no quiso acogerse al Convenio, y volvió a Francia. Pero a los pocos días, en el mismo mes de mayo, regresa de nuevo al frente de 16 hombres.

LA ACCIÓN DE ARRASATE-MONDRAGÓN.

El 6 de agosto, al frente de una veintena de hombres, atacó un convoy liberal que llevaba armas desde Bergara a Arrasate-Mondragón, apoderándose de 41 fusiles.

Capturado. Días después fue capturado por un destacamento del Ejército. El hecho de caer en manos de una unidad del Ejército regular, le salvó, porque los miqueletes guipuzcoanos le querían fusilar de inmediato, pero el capitán del Ejército impuso el criterio de esperar a que llegara una autoridad militar competente. Desde luego, los miqueletes tenían más espíritu guerrillero y contraguerrillero, mientras que el Ejército era más formalista y convencional, algo de lo que Santa Cruz se aprovechó.

Prisión y fuga. El cura fue llevado al ayuntamiento de Aramayona, donde estuvo encerrado dos días bajo la permanente vigilancia de un centinela, mientras otras fuerzas custodiaban el resto del pueblo.

La segunda noche, la del 12 al 13 de agosto, se hizo pasar por enfermo, fingiendo un gran dolor de cabeza; le pusieron en la frente unos paños fríos. En un descuido del centinela, ató en el balcón estos paños y su chaqueta. Luego le dijo al centinela que necesitaba orinar con urgencia, salió al balcón diciéndole al centinela que respetara su condición de sacerdote y no le siguiera, y en un santiamén (nunca mejor dicho) agarró la improvisada cuerda y saltó, dándose a la fuga.

Se escondió en el río Aramayona, entre la vegetación, con el agua bajo la cintura, y cuando sus perseguidores se acercaban, se sumergía.

“Yo estaba allí, metido en el agua todo el cuerpo: solo dejaba fuera la boca para poder respirar. Si me hubiera sido posible, ni eso hubiera dejado fuera”. Allí en el agua permaneció unas 12 horas.

Colaboradores. Un hombre, Juan Antonio Unzueta, le auxilió y lo llevó aquella noche al caserío Urdungio, en Ganzaga, al norte de Ibarra, donde le acogió Valentín Larrañaga.

De allí le llevarían después a una cueva en el monte Ipizte, un poco más al norte, en dirección hacia Elorrio, donde estuvo escondido 3 días. Un muchacho le traía cada día la comida. Y de allí se dirigió una vez más a Francia.

Vuelve a Gipuzkoa. En Aritxulegi. El 1 de diciembre de 1872, unos meses más tarde, vuelve a entrar en Gipuzkoa al frente de 50 hombres, estableciéndose en Aritxulegi, (Aiako Harria-Peñas de Aia,) situado a unos 8 km. de Oiartzun, que sería su escondite favorito y su almacén de armas, municiones etc.

Una coyuntura favorable. En las semanas siguientes, la abdicación de Amadeo de Saboya y la proclamación de la República aumentan la confusión y el desorden en toda España, y los carlistas se aprovechan de ello para extender la sublevación.

VARIOS AVATARES DE LA GUERRA Y EL TALANTE DEL CURA.

Sus efectivos militares. La fuerza de Santa Cruz llegaría a alcanzar los 500 hombres (en momentos puntuales, llegaría a un máximo de 800 hombres), en especial procedentes de la zona de Oiartzun y Errenteria.

La fama de sanguinario. En enero de 1873 empiezan los hechos que dieron a Santa Cruz su fama de sanguinario (si bien los carlistas los justifican como hechos de guerra no más duros ni crueles que los que cometían sus enemigos).

Es entonces cuando fusila al alcalde de Anoeta, Olamendi, acusándole de espía.

Niega los auxilios espirituales. Por cierto, que los autores liberales achacan al cura

mandar fusilar a sus víctimas sin auxilios espirituales, pues según él no lo merecían. Detalle que los autores *santacruzistas* en algunas ocasiones admiten, si bien lo intentan justificar alegando que, cuando ello se produjo, fue porque el Cura no disponía de tiempo, ya que había fuerzas liberales cerca.

Represalias mutuas. Empiezan también las represalias liberales. Dentro del bando liberal algunos se dejan llevar por la furia y la venganza, son asesinadas personas que han tenido algo que ver con Santa Cruz (por ejemplo el párroco de Anoeta, o unos vecinos de Hernialde), y a su vez el cura responde fusilando a más liberales, en una espiral de muertes muchas veces indiscriminadas.

El chantaje con su hermana. Los liberales meten en la cárcel de Tolosa a su hermana Josefa Ignacia y amenazan con fusilarla si Santa Cruz no se retiraba a Francia. La respuesta de Santa Cruz es terminante: *“por una que hagan ustedes, yo haré veinte en vidas y haciendas”*. Finalmente dejaron libre a su hermana.

Ponen precio a su cabeza. Una respuesta célebre. Las autoridades liberales ponen precio a su cabeza ofreciendo una suma muy generosa, y el cura responde: *“Mucho me alegro que valga tanto mi cabeza. Mi hermana en Tolosa paga catorce reales, siendo grande dieciocho, por la cabeza del cerdo. Más que esto no puedo ofrecer por la cabeza del gobernador de San Sebastián.”*

El lance de Aia.

El conflicto con Lizarraga.

En Aia, Santa Cruz estuvo a punto de ser capturado. Es un desastre en el que caen prisioneros muchos miembros de la partida. Algo que Santa Cruz achaca a la pasividad del general Antonio Lizarraga, comandante general de Gipuzkoa, que no le ayudó ni le envió las municiones que le había prometido.

A partir de ahí, Santa Cruz desconfía de Lizarraga y va a hacer la guerra por su cuenta. La versión de Lizarraga es, al revés, que Santa Cruz hizo la guerra por su cuenta desde el primer día, obstaculizándole en todo lo que

podía, y que en Aia no pudo ayudarle porque no tenía municiones).

La acción de Deba. El cura se rehace enseñada, y sigue sus andanzas, por ejemplo entra en Deba donde la pequeña guarnición de milicianos nacionales se refugia en la iglesia, aparentemente inexpugnable.

Santa Cruz mete en la puerta unos carros con paja y petróleo, y les da 10 minutos para que entreguen las armas bajo la amenaza de incendiar la iglesia. Se rindieron de inmediato. Y Santa Cruz también de inmediato salió de Deba, porque las fuerzas liberales le pisaban los talones.

Este fue uno de los aspectos que se critican al cura Santa Cruz, era hábil en ese estilo de guerra de guerrillas pero no iba más allá, sólo era dueño del terreno que pisaba.

En Oñate: reprimenda de Felipe Dugiols.

En Oñate, invitó a los liberales a entregar el pueblo, sin éxito. El jefe de los milicianos de Oñate, el famoso liberal tolosano Felipe Dugiols, que luego sería un héroe en la guerra de Filipinas, le respondió así:

“(…) debo decirle que en lugar de ocuparse en la clase de vida poco honrosa que lleva desde hace tiempo, debía retirarse a ejercer lo que su institución le ordena. Si así lo hace, le agradeceríamos los ciudadanos de la España Republicana. Déjese pues de baladronadas, y sea lo que debe ser un hombre de su clase si es que alguna vez ha leído los Evangelios y quiere seguir el camino marcado por Jesús el de Nazaret. Salud y República. Oñate 22 de Febrero de 1873 = Felipe Dugiols = Ciudadano Manuel Santa Cruz”.

El fusilamiento de Ana Josefa Garmendia.

Otro de los hechos que siempre se han reprochado a Santa Cruz es que mandara fusilar a una mujer por espía. En efecto, lo hizo con Ana Josefa Garmendia. Los liberales añadieron que esta mujer además estaba embarazada, circunstancia que Santa Cruz dijo no conocer.

La detuvieron tres veces, encontrando que las fuerzas liberales la utilizaban como mensajera, llevaba escondidos mensajes que se escribían las guarniciones entre sí. La primera vez, en Villabona, llevaba los mensajes escondidos en la ropa, la segunda vez, dentro de un saco de trigo que llevaba con un burro, y a la tercera vez, descubriendo que llevaba mensajes ocultos dentro de una hogaza de pan: El cura mandó fusilarla cerca de Aretxabaleta.

Arbitrariedad e indisciplina del Cura.

Santa Cruz decidía por libre, sin autorización y sin órdenes de los generales. Imponía contribuciones a los pueblos, emitía salvoconductos para circular por Gipuzkoa, daba órdenes a los ayuntamientos... sin tener en cuenta a nadie. Se extralimitaba en sus facultades, y sus superiores empezaron a irritarse. El mismo Don Carlos se alarmó ante esta conducta impropia de alguien que era “un simple jefe de batallón”.

Desobediencias. El día 1 de marzo de 1873, el general Lizarraga le cesó y le ordenó que se le presentara en calidad de arrestado, y si no lo hacía le amenazaba con juzgarle en consejo de guerra sumarísimo y pasarle por las armas por desobediencia (eso sí, dándole dos horas para morir cristianamente), a lo que Santa Cruz no hizo el menor caso.

Siguió el cura en su guerra de guerrillas, arrancando las vías férreas y descarrilando trenes, etc. No siempre con éxito, pues alguna vez fue puesto en fuga, como en una ocasión en Aiako Harria,

El estandarte y la bandera. Otra de las cosas de Santa Cruz que no gustaban a los generales carlistas, era su estandarte. En lugar de imágenes de vírgenes o de santos, el cura adoptó un estandarte destinado a meter miedo. De color negro, con una calavera y los lemas “Guerra sin cuartel” y “Victoria o muerte” en letras rojas. Fue bordado por las monjas de Elorrio.

Estandarte que fue también empleado en ocasiones para golpear a gente en los pueblos,

por ejemplo, al alcalde de Zegama por negarse a suministrar raciones.

Además de este estandarte, Santa Cruz empleaba una bandera nacional roji-gualda.

Obsesión por espías y traidores. Veía espías por todas partes (a veces con motivo). O espías o traidores, ya que evidentemente quien no le secundara era un traidor.

Hizo fusilar a alguno de sus principales oficiales acusándole de traición, Juan Egozkue, llamado “el Jabonero” porque tenía un puesto de venta de jabones en el mercado de la Brecha de San Sebastián, aunque según los liberales el verdadero motivo fue quitar de en medio a cualquiera que le pudiera hacer sombra. Pío Baroja es de esta opinión, pero también Valle-Inclán, a pesar de ser simpatizante del cura, afirma lo mismo.

Castigos. Aparte de fusilar, mandaba dar buenas raciones de palos. Es lo que hizo en marzo en Berastegi con el ayuntamiento: a los concejales los mandó apalear, y al teniente de alcalde Andrés Alducín fusilar (el alcalde, Gorostidi, se libró porque había escapado del pueblo), acusándoles de haber avisado a una guarnición vecina.

A las mujeres, además, las humillaba rapándoles el pelo al cero y paseándolas en burro, y en el caso de las prostitutas, emitió un bando por el que las expulsaba a Francia, amenazándolas con fusilarlas si volvían.

Exigencias morales a su tropa.

Eso sí, Santa Cruz presumía de su moralidad, ya que no admitía que sus hombres se emborrachasen, ni que blasfemasen, ni que anduvieran o coqueteasen con mujeres, y les permitía bailar pero desde luego no los bailes agarrados; algunos de sus hombres que hicieron tales cosas fueron apaleados y expulsados.

Su secretario recuerda que para Santa Cruz, los mayores enemigos del soldado eran la mujer y el vino. Éste, el secretario, cuenta que una vez que encontró a una conocida de su pueblo, Zarautz, “*la toqué cariñosamente en la*

espalda al saludarla". El Cura le dijo: "*Mira Félix, si otro día te veo hacer caricias a alguna mujer, te haré dar 25 palos*".

Una conducta ejemplar. En 1918 escribirá ufanamente de sí mismo: "*De don Manuel dicen muchas cosas, pero ninguno le ha tachado de inmoralidad*", argumentaba el Cura que exigía a sus hombres "*una conducta ejemplar, la que convenía a los intereses sagrados que defendían*".

Él mismo, ni bebía, ni siquiera un vaso de sidra; sólo agua. Ni fumaba, y por supuesto, nada de mujeres.

Pero, una tropa no tan santa. No obstante, incluso los veteranos de la partida de Santa Cruz reconocerán, en unas entrevistas que se les hicieron en 1930, que no todos sus miembros eran tan santos como el cura les pinta.

Destacan a tres, Errotaya, Ollara y Martolo "el tuerto de Aia", oficiales a las órdenes inmediatas de Santa Cruz, a los que describen como "*unos bandidos*", "*unos asesinos y unos ladrones sin ninguna preocupación política*", "*eran mala gente*"...

Una tropa interesada. Otras evidencias de que la tropa santacruzista no era tan despreñada como sus apologistas la describen, es que al propio secretario de Santa Cruz, Félix Caperochipi, gran defensor de la memoria de su antiguo jefe, se le escapan sin embargo estos detalles significativos: **uno**, que había deserciones; **otro**, que antes de un ataque o de entrar en un pueblo, los hombres lo que se preguntaban entre ellos, era cuánto ganarían ese día, 4, 10 o 20 reales...; **otro**, que antes del ataque, el Cura ponía a una parte de sus hombres a 80-100 metros detrás de los demás, siendo su función no solamente apoyar a éstos, sino disparar a cualquiera que intentase huir.

Sin armas con vara de mando. Santa Cruz no llevaba fusil, ni disparaba. Él llevaba un palo de metro y medio, con el que guiaba a sus hombres. No obstante, el hecho de mandar combatientes y dar órdenes de disparo, era una evidente irregularidad en un sacerdote. Por lo cual, tiempo después habría que pedir

al Vaticano la necesaria dispensa, para poder volver a ejercer como tal.

EL GRAVE EPISODIO DE ENDARLAZA.

El episodio más sangriento en su historial fue lo sucedido en Endarlaza.

Los hechos. El 4 de junio fue a apoderarse del cuartel de carabineros junto al río Bidasoa. Los de Santa Cruz les disparaban con un pequeño cañón que tenían, apodado "mediomundo", y al fin los carabineros levantaron bandera blanca. Santa Cruz no aceptó su rendición y ordenó lucha sin cuartel, y salvo unos pocos que pudieron escapar hacia Francia, los demás, 24 ó 28 hombres, según fuentes, fueron hechos prisioneros y todos ellos fusilados; entre ellos su teniente Valentín García. Hasta aquí, los hechos.

La versión carlista, defiende que se debió a que cuando se acercaban los de Santa Cruz a parlamentar y acordar su rendición, los carabineros dispararon.

La versión liberal niega este hecho, y además destaca que el cura mandó matarles sin los auxilios espirituales, lo que en efecto ocurrió así.

El cura de Biriadou se ofreció a confesar a los carabineros, pero Santa Cruz se negó. Este hecho, mandar fusilarlos sin confesión, fue especialmente grave en aquel tiempo.

La significación de tal decisión. Es difícil imaginar hoy (la gravedad de tal medida pero en aquella época más religiosa y creyente que la actual, fue motivo de escándalo, entre los propios carlistas. (Los autores *santacruzistas* lo excusan alegando que no había tiempo para ello, ya que podía haber fuerzas liberales cercanas).

Se interpretaba que el Cura quería, o no le importaba, mandar a estos hombres al purgatorio, o al infierno. Cuando el beato general Lizarraga supo lo de Endarlaza, dijo que "*era trabajar a favor del infierno*" eso de fusilar a prisioneros sin confesión.

El Diputado General carlista de Gipuzkoa, Miguel de Dorronsoro, en una alocución dirigida el 15 de julio a los guipuzcoanos, afirmaba: “*no ha habido exceso a que no se haya atrevido (...), como el apalear sin piedad y matar sin confesión a amigos y enemigos, sembrando por todo el país la desolación y el luto*”.

Otro ejemplo: décadas después el diputado a Cortes Joaquín Llorens, que fuera oficial carlista durante la guerra, escribe: “*pedían confesión y no se les concedió, negando los Santos sacramentos a todos. ¿Cómo quiere usted que califique a un sacerdote que niega media hora de vida para que los fusilados por su orden, se confiesen?*”. Lo que hizo Santa Cruz en Endarlaza fue un acto, dice Llorens, “*asqueroso y repugnante*”.

Una posible explicación. No se sabe a ciencia cierta si los carabineros, tras levantar bandera blanca, dispararon o no contra los de Santa Cruz que se acercaban. Y si lo hicieron, cómo y porqué se produjo: ¿fue un ataque deliberado a traición, o bien ocurrió que algunos carabineros se querían rendir y otros en cambio no, y por eso estos últimos abrieron fuego...?

Hay alguna versión que afirma que se produjo un malentendido. Es el caso de Ignacio Roteta Aramburu, que era cabo en las filas del Cura.

Ignacio Roteta dice que al ver la bandera blanca, Santa Cruz ordenó el alto el fuego, “*pero algunos que estaban en sitios desde donde no se podía ver la bandera, seguían disparando, sobre todo los del cañón... Les gritamos: ¡Alto el fuego!, pero no nos oían. [...]. En esto, los carabineros, viendo que el cañón no paraba de disparar, creyeron que era que no les dábamos cuartel. Salieron a la desesperada y recibieron con una descarga a la fuerza nuestra que se acercaba a ellos pacíficamente a recibirlos*”.

El monumento a los carabineros. En 1907, por iniciativa de los liberales y republicanos de Navarra y de Gipuzkoa, el Cuerpo de Carabineros erigió en Endarlaza un monumento a los carabineros que allí murieron.

En esos años se dan también otros actos de homenajes, por ejemplo en 1903 se nombra

una calle de Irun como “Mártires de Endarlaza”.

En 1913 se inauguró en Endarlaza un nuevo monumento más grande, dedicado a los carabineros “*fusilados innoblemente por el cabecilla carlista Cura de Santa Cruz*”.

Discrepancias sobre el monumento.

Este tipo de iniciativas evidentemente no entusiasma a los carlistas, sobre todo a los más radicales, para quienes aquellos carabineros eran unos “traidores”... Anualmente se celebró, hasta 1936, una conmemoración ante el monumento, en la que los liberales y republicanos, y las autoridades civiles y militares de Gipuzkoa y de Navarra, homenajeaban a las víctimas.

El monumento sería destruido inmediatamente por los requetés al iniciarse la guerra civil en 1936, y reconstruido después de la guerra, en 1940, aunque con menor tamaño y con una inscripción más aséptica, dedicada a los carabineros muertos “*en acto de servicio en la heroica defensa de Endarlaza*”.

La indignación de Lizarraga. La indignación de Lizarraga aumentó aún más al saber que Santa Cruz había ordenado en Echalar propinar 150 palos al teniente coronel carlista Juan José Amilibia, de 70 años, acusándole de traidor por haber rendido sus fuerzas en el convenio de Amorebieta de 1872. Santa Cruz se defiende afirmando que le dieron los palos donde le doliera pero no hiciera daño y no se le rompiera ningún hueso...

Lizarraga, consciente del descrédito que las acciones de Santa Cruz suponían para la causa carlista en España y hasta en la prensa europea, emitió el 8 de junio un bando en el que calificaba a Santa Cruz de “hombre funesto”, que “*se atreve a proclamar en su bandera la guerra sin cuartel, y practica fusilando a los prisioneros que caen en sus manos*”.

Santa Cruz hizo caso omiso y siguió sus andanzas, incendiando la estación de ferrocarril de Beasain y los trenes que allí estaban, etc.

La posición de Valdespina. El 6 de julio, estando en Bera, le sorprendió el general carlista Valdespina, que le exigió someterse a la autoridad de Lizarraga, destruir la bandera negra, etc. Santa Cruz le dio largas, y en la noche del **9 de julio** se escapó a Francia.

Santa Cruz declarado rebelde

Una Real Orden de Don Carlos le declaró rebelde y disponía que se le tratara como a tal si cruzaba de nuevo la frontera.

Vuelta a Gipuzkoa y exilio final. En diciembre volvió a entrar en Gipuzkoa, donde algunas fuerzas se pusieron a sus órdenes, pero a los pocos días y viendo que era inevitable un enfrentamiento armado con Lizarraga, volvió a Francia. Nunca más volvería a pisar el suelo Guipuzcoano.

EL DESTIERRO DE LILLE.

Al temer que Santa Cruz volviera a intentarlo, los propios líderes carlistas consiguieron de las autoridades francesas que en marzo de 1874 Santa Cruz fuera detenido en la casa de madame Dupont donde residía, cerca de San Juan de Luz, y desterrado a la otra punta de Francia, en Lille, cerca de Bélgica. Santa Cruz era un estorbo político que les daba mala imagen en Francia “e incluso enfriaban a los legitimistas franceses”.

La conversión de Santa Cruz. Estando en Lille, de la mano de los jesuitas, hace examen de conciencia, se arrepiente (al menos, hasta cierto punto) de su actuación durante la guerra, y decide consagrar su vida a lavar sus pecados, practicando la caridad que tan poco había ejercido hasta entonces. Desde entonces hasta su muerte en 1926, vive en casas de los jesuitas.

El Vaticano perdona sus irregularidades canónicas y vuelve a ejercer como sacerdote, a vestir sotana y hacer misas.

Sentido del arrepentimiento. Digo que se arrepiente hasta cierto punto, porque si bien es cierto renunció a volver a tomar las armas, ello se debió quizás en parte a razones mo-

rales, pero también a un motivo práctico, que era el de no provocar más disensiones dentro de las filas carlistas.

Y si es cierto que en ocasiones se le ve compungido por su actuación guerrera, en otras ocasiones en cambio, por ejemplo en un escrito suyo del año 1918, le vemos justificando todo lo que hizo, incluyendo el fusilamiento del alcalde de Anoeta por espía, los fusilamientos de Endarlaza –“ellos tuvieron la culpa”–, etc.; se exculpa diciendo que para mantenerse en campaña, no tenía más remedio que aplicar “mucho rigor” a quienes le daban motivos para ello, espías y traidores; y se escuda, en fin, en que los liberales también tomaron represalias encarcelando a su hermana y matando a amigos suyos.

Da la impresión, en fin, de que a Santa Cruz lo que más le dolía no era haber fusilado y apaleado gente, sino haber sido motivo de escándalo y de división dentro del bando carlista.

DESDE LONDRES DE MISIONERO A JAMAICA Y COLOMBIA.

En 1876 pasa a Londres, de allí el mismo año los jesuitas ingleses le envían como misionero a Jamaica.

En fin, en 1892 va a su último destino, Colombia (en el Sur del país, en la frontera con Ecuador; en concreto, la zona de San Juan de Pasto, en el departamento de Nariño).

La acción pastoral y estilo del padre Manuel Loidi. En América no utilizó el apellido Santa Cruz, sino el de Loidi, para romper con su pasado turbulento. Era el padre Manuel Loidi.

Allí fue profesor de francés e inglés en el colegio-seminario de los jesuitas, y se dedicó además a evangelizar indios con su vehemencia, energía y brío de siempre, llevándolos con mano militar y convirtiéndose en un mito local, una especie de santón que aún hoy se recuerda y le rezan pidiendo curaciones.

Allí, en el municipio de Buesaco, fundó la iglesia y el poblado de San Ignacio, para evange-

lizar a los indios a los que llamaba al toque de corneta.

Era tal la devoción que le tenían allí en San Ignacio, que un ayudante suyo, Juan de Medellín, al morir el padre Loidi le cortó el dedo índice de la mano derecha, y lo guardó en un frasquito, y dicen sus devotos que con ese dedo se consiguieron curaciones milagrosas (cogían el dedo, lo raspaban, echaban el polvo en un vaso del agua y se lo bebían).

Hoy día existe allí la fundación ‘**Manuel Ignacio Santa Cruz Loydi**’, que ‘orienta su labor a reivindicar, honrar y exaltar su memoria’, pues en San Ignacio “*es venerado como un Santo por su vida ejemplar, su humildad, su apostolado, y su liderazgo en apoyo a los más necesitados tanto espiritual como económicamente*’.

La relación con el obispo de Pasco Ezequiel Moreno.

No obstante, en la guerra civil colombiana que tuvo lugar entre 1899 y 1902, entre los conservadores y los liberales, el padre Loidi, aunque no llegó a mandar fuerzas, sí ejerció de asesor militar de las fuerzas conservadoras en la zona de Pasto, instado para ello por el obispo Ezequiel Moreno, Este era un riojano de Alfaro, fraile agustino, antiguo prior del monasterio de Monteagudo, en la Rivera de Navarra, donde moriría años después en ese mismo convento de donde procedía. Ezequiel Moreno en su destino de obispo de Pasto, llamó a la “guerra santa” contra los impíos liberales y quiso valerse de la experiencia militar de Santa Cruz.

De nuevo la doble fidelidad del integrista. Este obispo quiso nombrar al padre Loidi comandante del ejército conservador del Sur, nombramiento que el cura afortunadamente no aceptó. Pero sí aceptó actuar como consejero militar.

En una ocasión, en junio de 1900, este obispo Ezequiel Moreno quiso enviar al padre Loidi al vecino Ecuador al mando de una fuerza de 200 hombres, ya que en Ecuador gobernaban los liberales y ayudaban a los de este bando en

Colombia. No está claro si Loidi llegó a entrar en Ecuador o no, al parecer se quedó cerca de la frontera, en la zona de Ipiales, analizando la situación. Vio que no había nada organizado en Ecuador, no era viable un alzamiento allí contra el Gobierno, y el asunto se terminó sin hacerse nada y sin llegar a combatir.

En otra ocasión durante esa guerra, asistiendo a una reunión de generales, el padre Loidi les animaba a hacer un ataque con todas sus fuerzas para acabar de una vez con “el bicho revolucionario”, y como el general en jefe dudaba, el cura se enfadó y le dijo “*Ciertos militares deberían tomar mi sotana y darme su espada. Ciertos militares deberían estar en su casa. Vamos, que ciertos militares no saben de guerra*”. Genio y figura, hasta la sepultura.

El curioso reconocimiento de Ezequiel Moreno. Curiosamente este hombre, Ezequiel Moreno, que tuvo una intervención activa y directa en aquella guerra civil colombiana, sería declarado santo en 1992 por Juan Pablo II. Un santo, hoy día llamado San Ezequiel Moreno, que exhortaba a sus feligreses a tomar las armas afirmando: “*El liberalismo es pecado*” y “*La guerra, sin duda, es un castigo que Dios permite para purificación de la nación. Es preciso, pues, arrepentimiento, oraciones y penitencias. Pero es necesario también empuñar las armas*”, en la misma línea ideológica y belicista que el cura Santa Cruz de la guerra carlista.

Ingreso en la Compañía de Jesús.

En 1922 ingresa al fin en la Compañía de Jesús, algo que venía intentando desde hacía décadas.

Las últimas posiciones ideológicas del cura Manuel Loidi.

Antes de morir en 1926, el Cura se mostró significativamente como gran admirador del dictador Miguel Primo de Rivera. Así se expresaba Santa Cruz: “*Ahora que veo a esos hombres, como el Rey Alfonso XIII y Primo de Rivera, que van deshaciendo todo lo malo que hizo el liberalismo, siento verdadero entusiasmo para con ellos*”...

NOTAS HISTORIOGRÁFICAS

Arturo Cajal Valero.
Doctor en historia contemporánea.

LAS POSICIONES LIBERALES.

La perspectiva Liberal.

Empezamos por algunos ejemplos de la visión liberal del cura Santa Cruz, evidentemente negativa, como fanático religioso, déspota, y loco sanguinario.

El Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz.

Una muestra es la **carta del ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz** al Ejecutivo de la Primera República, en marzo de 1873, pidiendo la máxima energía y mano dura contra Santa Cruz y demás bandoleros. Dice el Ayuntamiento estar “indignado ante el espectáculo de sangre y horrores” del Cura, “cuya ferocidad espantaría y aterraría en los tiempos de Atila”...

Pío Baroja.

Esta visión se prolonga después en autores como Baroja, en especial: “*Como cabecilla, como técnico de la guerra, fue malo, no tuvo el sentido instintivo y genial de los antiguos guerrilleros españoles*”...

En “**Divagaciones apasionadas**” (1924), Baroja escribe:

“Unicamente se distinguió por su crueldad y su fanatismo; mandó emplumar y apalear a mujeres; fusiló a una mujer embarazada en Arechavaleta; apaleó a oficiales carlistas, como el comandante Amilivia; mató a tenientes suyos, de quien estaba celoso; fusiló a

veintitrés carabineros y a su teniente en Endarlaza, a pesar de haberles ofrecido cuartel, y quemó y robó la estación de Beasaín [...] A pesar de que los rasgos de su cara son correctos, tiene indicios de animalidad: los pómulos son muy anchos; los maxilares, fuertes; la frente, estrecha; la barba, negra, cerrada; las orejas, un tanto separadas del cráneo; hay algo de prognatismo de la mandíbula inferior. Tiene un rasgo que todos los que le conocieron lo recuerdan: es la mirada baja. Quizá es el hábito de hipocresía adquirido en el Seminario. Sea por lo que sea, este rasgo le caracteriza. En su vida de cabecilla tampoco mira de frente. Antes que nada es cura [...] Santa Cruz es un perturbado, tiene algo de santón. (...) Santa Cruz es un cabecilla de sacristía; constantemente está rezando el rosario y haciéndolo rezar a sus soldados. Santa Cruz nunca se lanza a primera línea, ni coge un arma; no tiene la embriaguez de la lucha, no le gustan las batallas [...] Santa Cruz no es un estratégico, le falta el genio. Llega a tener cañones, pero no le sirven de nada. Llega a reunir diez y ocho compañías a sus órdenes, y no sabe qué hacer con ellas. En pequeño, el cura se parece al conde de España; tiene como él, sus taras de loco, y de loco sádico [...] Como el cura no tiene simpatía, ni condiciones para arrastrar gente, le es necesario pactar con sus capitanes.

Al mismo tiempo está celoso de ellos. Un momento, Soroeta se levanta sobre todos; el cura le prepara una celada para acabar con él. El general Loma encuentra a la partida de Soroeta y la ataca. Soroeta espera la ayuda del Cura, pero Santa Cruz no le ayuda, y Soroeta queda muerto en los montes, entre Lesaca y Oyarzun”.

En **“Zalacaín el aventurero” (1908)**, en fin, Baroja señala:

“Aquel hombre tenía algo de esa personalidad enigmática de los seres sanguinarios, de los asesinos y de los verdugos; su fama de cruel y de bárbaro se extendía por toda España. Él lo sabía y, probablemente, estaba orgulloso del terror que causaba su nombre. En el fondo era un pobre diablo histérico, enfermo, convencido de su misión providencial”.

Miguel de Unamuno.

Unamuno, en su obra **“Paz en la guerra” (1987)**, le define como:

“Aquel hijo del campo que sobrenutrido y en vida de ociosidad en la aldea, y apartado de todo trato carnal, dejó escapar por la fría crueldad el sobrante de su fuerza vital. Aquel hombre de otros tiempos, con su hueste medieval (...)”.

No obstante lo anterior, Unamuno le reconoce méritos como guerrillero, y destaca la fama que ganó en el sencillo pueblo carlista del campo vasco:

“El país entero resonaba con la fama del cura de Hernialde, guerrillero legendario ya, de quien se contaban hazañas estupendas, tan exaltado por unos como por otros denigrado. Su paso era el del terror, al sentirlo temblaban cuantos por algo se distinguían en el pueblo, mientras éste le aclamaba frenético. Corría de boca en oído y de oído en boca la vida de aquel gato montés; cómo el 70, cuando iban a prenderle al acabar la misa, huyó disfrazado de aldeano; cómo volvió a ser preso a raíz del convenio de Amorebieta, y de nuevo se fugó descolgándose por un balcón, y tras doce horas en un jaral, junto al río; y cómo el

2 de diciembre había repasado la frontera con cincuenta hombres, que creciendo cual bola de nieve, sembraban el terror por dondequiera. Burlando al enemigo que pregonara su cabeza, hacía la guerra del terror por su cuenta, rebelde a toda disciplina, concitando odios de blancos y de negros, sumariado por el santurrón de Lizarraga, que le llamaba corazón de hiena y rebelde de sacristía.

Sus voluntarios, para los cuales no había ni más listo, ni más valiente, ni más bueno, ni más respetuoso, ni más serio que aquel hombre de pocas palabras, que se paseaba solo horas enteras, y que cuando mandaba no había chico que se atreviese a mirar cara a cara aquellos ojos en el rostro lleno de barba, bajo la boina; hombre que con toda calma daba órdenes de fusilamiento. No, no se podía hacer la guerra como quería el santurrón de Lizarraga, con cataplasmas y novenas, había que ahorrar sangre propia, y no escatimar la ajena; ¡escarmiento! Si no fusilaban serían fusilados. Y el cura hacíalo con razón, y dando media hora al condenado para que se pusiese a bien con Dios. Solía explicar a los chicos la causa del castigo, arengándoles entonces; por éste habianse perdido tres chicos, por la traición del otro se perdieron tales y cuales, y los chicos, al preguntarles si estaban conformes con el fallo, contestaban -¡Si, señor!-. (¡Bay, jauná!).

[...] Era duro, sí, era duro con el que se lo merecía, con el enemigo, pero con los suyos, severo y bueno. Había hecho fusilar a uno por robo, y ¡ajo con propasarse con las mujeres!, en esto era inflexible. Jamás le conocieron flaquezas de tal calaña, ni las mujeres le ablandaban; llegó hasta hacer fusilar a una embarazada. Y no había peligro de sorpresa con aquel hombre siempre alerta, que dormía al aire libre, se pasaba las noches en el balcón de las casas de los curas en que se alojaba, y traía en pie a todos. Un jovencito recordaba que una noche, estando de centinela, y adormilado, le despertó como de una pesadilla, con

una gran palpitación, una voz que le llamaba -¡Eusebio!-, y púsose a temblar ante el cura, que no le dijo sino: -¡Cuidado con otra!-. No volvió el sueño a atreverse con él”.

Juan Valera.

El escritor Juan Valera, en una carta de mayo de 1873, decía de Santa Cruz: “*Si esta fiera triunfase, tendríamos que salir a escape de España*”.

José Antonio Ayestarán.

En tiempos recientes, podemos destacar a José Antonio Ayestarán, que en 1979 escribe:

“No fue Santa Cruz un genio militar ni mucho menos. Su acción guerrera es puramente marginal a las grandes operaciones militares de la guerra. Su partida se limita a realizar emboscadas o a atacar pequeñas guarniciones que abandona a toda prisa, acciones en todo semejantes a las de otros guerrilleros carlistas que levantaron partidas al mismo tiempo”.

Lo que diferencia a Santa Cruz de los demás, es que no acepta integrar sus fuerzas en el esfuerzo común y someterla al mando general del ejército carlista. Ayestarán lo achaca a la personalidad del Cura: “*evita el contacto con gentes de superior cultura militar y se encuentra a gusto entre baserritarras ignorantes, como más tarde entre indios iletrados durante su vida misionera*”.

Don Manuel confunde la guerra con un ejercicio gimnástico, con andar entre los montes como las cabras “*para ir traqueteando y cansando al enemigo sin exponerse*” (en frase del propio Cura), y cree que en eso consiste hacer la guerra, “*lo que pone de manifiesto su primitivismo cultural y estratégico*”.

Psicológicamente, además de su inseguridad con las personas de mayor cultura, Santa Cruz evidencia su paranoia (ve traidores en todas partes), y su mesianismo auto-punitivo (glorificación del sufrimiento físico, horror al sexo).

“La personalidad de Santa Cruz no revela nada brillante, ni su repertorio ideológico otra cosa que pobreza y reiteración”.

Su héroe de cabecera fue el cura Merino, a quien trató de imitar.

“Santa Cruz poseía valor y serenidad, la constancia del fanático apegado a una idea simple y rectilínea”

En realidad, según Ayestarán: “*lo que de verdad interesa es su eco desmedido, su fama postrera, el mito del cura-guerrillero*”. “*Mito que evidentemente responde a un proceso de identificación psicológica*”.

El mito de Santa Cruz es en origen un mito “clero-baserritarra”, propio de los curas y frailes -“*especie de sindicato de la sotana, que defienden a Santa Cruz por solidaridad de estamento, integrismo aparte*”- y del mundo rural. Santa Cruz, el maximalista, el cura de origen campesino, el indesmayable e inasequible al desaliento, el que nunca se rindió, el que no participó de la derrota de 1876, es “*el mito gratificador*”, el consuelo en la derrota.

LAS POSICIONES CARLISTAS.

Las posiciones Carlistas a modo de resumen previo.

Entre los carlistas, hay una visión digamos anti-santacruzista, que aunque concede que Santa Cruz fue un hombre valiente y al principio hizo algunos buenos servicios a su causa, considera que no tenía una gran capacidad militar ni una visión amplia de la guerra, sólo valía para la guerra de guerrillas; además era indisciplinado, desobediente y anárquico, y con sus excesos causó escándalo y perjudicó la imagen del carlismo; y, en fin, que aunque hizo mucho ruido, su importancia real como líder militar fue muy secundaria.

Francisco Hernando.

Francisco Hernando, un oficial carlista que había acompañado al general Lizarraga a la entrevista que sostuvieron el general y el sacerdote en Lecumberri, el 8 de mayo de 1873, lo describe así en su libro “**La campaña carlista**” (1877):

“Durante aquella escena yo, que tenía grandes deseos de conocer al héroe popular, al que

la fama atribuía grandes prodigios, no quité la vista de Santa Cruz. Hallé que era este hombre de mediana estatura, más bien bajo que alto, de robusto cuerpo, facciones pronunciadas, frente estrecha, pelo castaño, barba rubia, desgarrado porte y maneras rudas y vulgares. Su mirada vaga y extraviada prestaba á su fisonomía un marcado tinte de desconfianza y recelo, y la expresión seca y dura de su semblante acababan de darle un carácter sombrío y nada simpático a primera vista. Santa Cruz vestía un traje que no era sacerdotal ni guerrero; componíase de boina azul oscura, muy pequeña, chaqueta de paño del mismo color, calzón corto y ancho, gruesas medias azules que cubrían sus robustas piernas, y alpargatas por todo calzado. Como de costumbre, no llevaba arma ni insignia alguna, sino un grueso palo en el que se apoyaba durante las marchas.

Aquél hombre robusto, fuerte, sombrío, andaba prodigiosamente; apenas dormía, y vigilaba tanto, que era imposible sorprenderle. Había entrado en campaña el primero; se había sostenido en los montes con una partida de 30 hombres, y esto porque él representaba el principio de la dureza en la guerra, había logrado gran popularidad entre cierta gente.

Santa Cruz, que no tenía más dotes militares que la actividad y cierta astucia hija de su desconfianza, no comprendía la benevolencia con los enemigos, sino el castigo y la dureza como sistema. Por esta senda le empujaban algunos de sus adláteres, diciéndole que era lo que más gustaba al pueblo; y como ni Carlos VII ni sus generales querían seguirla, Santa Cruz se propuso vivir solo, hacer la guerra á su modo, é imponer su sistema á todos. Más popularidad que él tenía Radica en Navarra y Goirieta en Vizcaya; pero estos jefes se sometieron desde el principio á la autoridad, y ayudaron con su influencia á Ollo y á Velasco. Santa Cruz, por el contrario, se propuso mandar solo, creyendo, indudablemente de buena fe, que él hacía la guerra mejor que nadie; así que, desde que se empezaron á le-

vantar fuerzas en Guipúzcoa, todo su afán consistió en reunir las bajo su mando.

Aunque el primero en levantarse en armas, no era Santa Cruz por su talento, por su posición, ni por su popularidad el primero de los jefes carlistas de Guipúzcoa”.

El general Lizarraga.

El general **Lizarraga**, en unos apuntes históricos que escribió después de la guerra, afirma que al entrar a tomar el mando en Gipuzkoa, se encontró de inmediato con la “mala fe” del Cura, y con una provincia “predispuesta contra los carlistas por las tropelías del rebelde cura Santa Cruz”.

“Suscitóme este las primeras dificultades llevándose las armas y municiones que había en algunos depósitos, privándome de recursos, desobedeciendo mis órdenes y obrando en todo a su capricho”, más a pesar del Cura se fue levantando un alzamiento “formal y sólido”.

El mismo Lizarraga, en una proclama de 9 de junio de 1873 dirigida a los guipuzcoanos, llamaba a Santa Cruz “indigno sacerdote”, “ambicioso vulgar”, “cabecilla improvisado”, “rebelde de sacristía”, “intruso de corazón de hiena”, etc.; “siembra el terror por todas partes y en todas ocasiones”; “se ensaña en el indefenso o en el vencido”, “fusilando instantáneamente y aun sin confesión a los prisioneros”; “no es ni puede ser católico, ni español, ni menos guipuzcoano”; “la unión es la fuerza, mis queridos compañeros, sin ella todo es perdido”...

El general Valdespina.

No sólo eran Lizarraga y sus oficiales. Otro general carlista, **Valdespina**, jefe del Estado Mayor, definió a Santa Cruz como “villano hasta donde no se puede más”. Según Valdespina, el cura fingía someterse a la autoridad de los generales, pero les engañaba, de inmediato incumplía sus promesas y era, en fin, además de rebelde, un infame mentiroso.

Miguel de Dorronsoro.

El Diputado General carlista de Gipuzkoa, **Miguel de Dorronsoro**, escribía en una carta

de 1873, después de los sucesos de Enderlaza: Santa Cruz:

“había olvidado los deberes de sacerdote católico, apaleando sin piedad á amigos y enemigos, y matando sin confesión á los vencidos, habiendo escarnecido nuestros principios políticos, negando de palabra y de hecho la obediencia debida á los superiores legítimos y al Rey [...] Santa Cruz es en el campo carlista un faccioso, un rebelde á toda autoridad, la deshonor de nuestra hermosa bandera- [...] Las crueldades de Santa Cruz [son] el sistema que ha adoptado para llegar, imponiéndose por el terror adonde nunca pudieron aspirar la oscuridad de su nombre y la escasez de sus dotes [...] Preferiría, y lo mismo mis compañeros, caer en manos de una columna republicana que en las de Santa Cruz [...] Santa Cruz no tiene la travesura del guerrillero ni el valor personal del cabecilla [...] Santa Cruz es, en fin, un miembro podrido de la comunión católico-monárquica”.

Don Carlos.

El mismo **Don Carlos**, en una entrevista de 1887:

“La manera de hacer la guerra Santa Cruz no podía yo aceptarla, ni por sus procedimientos para con mi ejército, ni por los que usaba con el enemigo. Le condené a muerte y ordené perseguirle”.

Julio de Urquijo.

El intelectual **Julio de Urquijo**, carlista pero no santacruzista, escribiría en 1928 lo siguiente:

“Es de justicia declarar que Santa Cruz prestó valiosos servicios a la causa de Don Carlos, al comienzo de la conspiración. Intervino en los contrabandos de armas y contribuyó con su ardiente entusiasmo a encender el de la juventud guipuzcoana. Pero no es menos cierto que, ya desde muy temprano, (...) se mostró díscolo e indisciplinado a toda autoridad. Lejos de contribuir al triunfo del carlismo, fue causa de división y de trastorno. Robaba, cuando podía, las municiones,

los uniformes de los leales de Don Carlos, les impedía fundir proyectiles en Vera, y de hecho se arrogaba facultades de jefe supremo al ordenar fusilamientos y dictar bandos (...). Y sin embargo, mientras Lizarraga, a quien se acusa de inepto, lograba organizar siete u ocho batallones en pocas semanas, la partida del cura no constaba más que de unas cuantas docenas de hombres, que no eran dueños más que del terreno que momentáneamente pisaban. Santa Cruz tenía, por otro lado, la obsesión de que todos los jefes, fuera de él, eran traidores (...). El hijo de Elduayen obtuvo éxitos pequeños, locales, pero no supo organizar ni ganar ninguna acción de importancia. (...) hizo más ruido en las columnas de los periódicos liberales, que en los campos de batalla.”.

Urquijo, que trató mucho a Don Carlos en su exilio, aclara también la visión que el mismísimo Don Carlos tenía acerca de Santa Cruz: no aprobó nunca la conducta del cura; y cuando ambos se encontraron una vez casualmente en Londres, Don Carlos le perdonó, pero no sin recordarle que si le hubiera encontrado durante la guerra le hubiera mandado fusilar.

Joaquín Llorens.

En fin, otro ejemplo, a inicios del s. XX **Joaquín Llorens**, diputado a Cortes por el partido carlista, que fuera coronel durante la guerra, afirma que el cura fue un “traidor” por su indisciplina.

“Yo, por lo que vi y oí en la guerra, lo hubiera fusilado por la espalda de haberlo cogido, porque tengo por evidente que el Consejo de Guerra, a muerte lo hubiera condenado”.

LA POSICIÓN CARLISTA MAYORITARIA.

La visión carlista finalmente mayoritaria es la del “mito Santa Cruz” como sacerdote piadoso, héroe salido del pueblo, defensor de la Fe (y, en un segundo plano, de los Fueros), excelente guerrillero, un hombre listo, sagaz y valiente capaz de burlar a una y otra vez a las fuerzas liberales, fervoroso e inasequible al

desaliento, y un líder duro pero justo, no más cruel que sus enemigos liberales.

Un jefe más enérgico y más efectivo que los generales como Lizarraga, demasiado blandos, timoratos, dubitativos. Lizarraga sería un buen beato, muy escrupuloso, pero no el general duro y eficaz que se habría necesitado. En esta línea, una frase decía: *“El cura Santa Cruz debería ser general, y el general Lizarraga, cura”*.

Arraigo en el clero. Santa Cruz es una figura que, por su integrista religioso y su condición de cura, arraiga especialmente entre los sacerdotes. Son precisamente varios curas los primeros que escriben folletos y artículos en favor de Santa Cruz.

Patricio de Orcáiztegui. Es el caso de Patricio de Orcáiztegui, cura de Sorabilla, que ya en el mismo año 1873 en que Santa Cruz fue cesado, publica en Bayona un folleto en su favor, bajo el seudónimo de “Tomás Eguibar y Amantegui”.

Félix Murguiondo. Otro ejemplo es Félix Murguiondo. Ambos eran íntimos amigos de Santa Cruz). Igualmente, debido al humilde origen de Santa Cruz como baserritarra, y a la influencia también de los curas, es el mundo campesino donde el mito arraiga con fuerza.

Es la visión que luego amplían el líder del partido integrista:

- Juan de Olazábal y Ramery,
- Gaetan de Bernoville (nieto de un gran amigo de Santa Cruz),
- el jesuita Ignacio Ariztimuño (compañero de Santa Cruz en el colegio de Pasto), y tantos otros.

Gaetan de Bernoville.

Un ejemplo es la apología, muy romántica, que hace **Gaetan de Bernoville**, en su obra **“La cruz de sangre” (1928)**. Bernoville era nieto de Isidro Ortiz de Urruela, un gran amigo de Santa Cruz, al que dio refugio durante los años de la guerra en su casa del País Vasco francés.

Julio de Urquijo.

Veamos la opinión de Julio de Urquijo acerca de esta obra, que se limita a recoger sólo las opiniones carlistas favorables a Santa Cruz:

“El autor ha bebido en un solo género de fuentes: en fuentes santacruzistas. El atavismo y lo pintoresco del tema, le han llevado a no oír más que un sonido de campana”.

Su obra, *“más que una historia, es una glorificación en toda regla del discutido hijo de Elduayen”*. *“El autor, por hallarse enamorado de su héroe, concede a los hechos de éste una magnitud muy superior a la que en realidad tuvieron”*. Destaca Urquijo que eran sólo unos centenares de hombres, muy poca cosa comparando con las docenas de miles de hombres que llegaron a sumar las filas carlistas. Desde luego, sí eran capaces de sembrar “desorden y destrucción”, pero con los métodos del cura Santa Cruz, la causa carlista no podía llegar muy lejos.

Valle-Inclán.

En esta línea favorable, **Valle-Inclán**, en **“Gerifaltes de Antaño” (1909)**, nos lo presenta como:

“fuerte de cuerpo y menos que mediano de estatura, con los ojos grises de aldeano desconfiado y la barba muy basta, toda rubia y encendida. Su atavío no era sacerdotal, ni guerrero. Boina azul muy pequeña, zamarra al hombro, calzón de lienzo y medias azules bajo las cuales se cubría el músculo de sus piernas. Aquel cabecilla sobrio, casto y fuerte, andaba prodigiosamente y vigilaba tanto, que era imposible sorprenderle. Los que iban con él contaban que dormía con un ojo abierto, como las liebres”.

“Haría la guerra a sangre y fuego, con el bello sentimiento de su idea y el odio del enemigo. La guerra que hacen los pueblos cuando el labrador deja su siembra y su hato el pastor. La guerra santa que, está por encima de la ambición de los reyes, del arte militar y de los grandes capitanes”.

“Era su crueldad como la del viñador que enciende hogueras contra las plagas de su viña”.

Jaime del Burgo.

Esta visión estuvo plenamente vigente en la guerra civil de 1936. **Jaime del Burgo** (padre de Jaime Ignacio del Burgo), oficial de requetés durante la guerra civil, importante personalidad del carlismo navarro, escribió al terminar la guerra, en 1939, este poema, en su libro **“Veteranos de la causa”**, publicado en San Sebastián:

Homenaje al Cura Santa Cruz y a sus voluntarios.

*Santa Cruz era un cura
de espíritu impaciente
que en su parroquia siente
deseos de luchar,
y forma una partida
de mocetones vascos,
fuertes como peñascos,
de bravo guerrear.
No quiere gente débil
ni cobardes admite
que en el primer envite
puedan retroceder.
Sus hombres son tan fieros
que no temen a la muerte,
y él, antes les advierte
que tienen que vencer.
Posee un aguerrido
conjunto de oficiales,
que llevan las señales
de su Estado Mayor,
mas, no son figurines,
ni son fules soldados,
que todos han sus grados
ganado con valor
en sangrienta pelea
que porfiada y dura,
resistió la armadura
de su entusiasta fe,
o bien cayendo heridos,
en gestas de leyenda
ganando su encomienda
de una muralla al pie.
Santa Cruz era un cura*

*guerrillero carlista
del entusiasmo artista
maestro en el luchar.
Y son sus voluntarios
diamantes de heroísmo,
soldados del Carlismo,
baluartes del altar”.*

Ignacio Romero Raizábal.

En la misma línea, otro autor carlista, el santanderino **Ignacio Romero Raizábal**, publica en 1938 en San Sebastián la obra “Cancionero Carlista”, con el un poema (ver pág. 35).

POSICIONES NACIONALISTAS.

La versión nacionalista.

La versión nacionalista, que arranca de la apología carlista que acabamos de ver, pero eliminando algunos aspectos. Mantiene los argumentos de héroe salido del pueblo rural, gran guerrillero, *indesmayable* e irreductible, y líder duro pero justo. El hecho de que Santa Cruz, un simple baserritarra convertido en cura, pusiera en jaque a los generales del Gobierno de Madrid, evidentemente produce al nacionalismo gran satisfacción.

En cambio, soslaya el españolismo del cura Santa Cruz, aunque a veces como de pasada se ven obligados a reconocer que, desde luego, Santa Cruz no fue nacionalista vasco. No obstante, de ser un gran español y gran vasco según los carlistas, pasa ahora a ser solamente un gran vasco.

Además, pasa a un segundo término su carácter de defensor de la Fe y de la Iglesia, y en su lugar destaca ante todo la defensa de los Fueros vascos (interpretados ahora como libertades nacionales vascas).

Xabier Arzalluz.

Ejemplo de esta visión es Xabier Arzalluz, gran admirador suyo (no en vano Arzalluz viene de familia carlista), en varios artículos publicados en el “Deia”, y en el capítulo “Un héroe olvidado” de su libro **“Entre el Estado y la Libertad” (1986)**. Por ejemplo, destaca

Arzalluz que Santa Cruz “no se rindió”...

La versión del mundo de Herri Batasuna.

Desaparece o es muy minimizado el recuerdo de Santa Cruz como defensor de la religión católica y de los intereses de la Iglesia. Solamente se quedan con su condición de héroe popular y rural, y defensor de los Fueros, pero aportan algunas llamativas novedades.

Lider antiliberal, anticapitalista, antielitista, premarxista. Antecedente de las acciones de ETA.

Al ser Santa Cruz de ideología anti-liberal y en cierta manera anti-elitista, lo presentan como un líder anti-capitalista, incluso premarxista. La lucha carlista contra el Gobierno liberal se convierte en lucha independentista contra el Estado español. Todo ello conduce a la conclusión de que las acciones guerrilleras de Santa Cruz son antecedente de las acciones de ETA.

José Antonio Ayestarán, en un artículo de 1995 crítico a ese respecto, “**Santacrucismo urbano**”, definía a los jóvenes de Jarrai como militantes entregados y devotos a una ideología y a una forma de actitud política, el “echarse al monte contra el negro” (el liberal) (...).

Versión de ETA.

“ETA revive las emociones ancestrales del santacrucismo político. La raíz de la violencia es la glorificación de la guerra”, en este caso la glorificación de las guerras carlistas y de las supuestas hazañas de gente como Santa Cruz.

Santa Cruz frente al socialismo.

Sin embargo, en una de las cartas del Archivo Zavala, del año 1919, el cura Santa Cruz se queja desde Colombia, de que “*Como en todas partes, aquí también va penetrando el socialismo infernal*”.

En 1934, Jaime del Burgo y los organizadores del requeté en Navarra (desde luego, mucho más cercanos al Santa Cruz histórico que el grupo Bizardunak...), escribían:

Cuando el marxismo gima bajo la suela militar de nuestros zapatos, apretemos bien para

que no vuelva a proyectar su funesta sombra en el mundo. Es hora de mantener el Carlismo con intransigencia, y de desplegar, si es preciso, la bandera negra de Santa Cruz.

Pues bien, a pesar de todos esos antecedentes, en esa misma Navarra, encontramos ahora mismo gente como este grupo musical, que se manifiesta a la vez *santacrucista* y marxista, que mete juntos y en el mismo barco al Cura de Elduain y a Karl Marx.

Julio Caro Baroja.

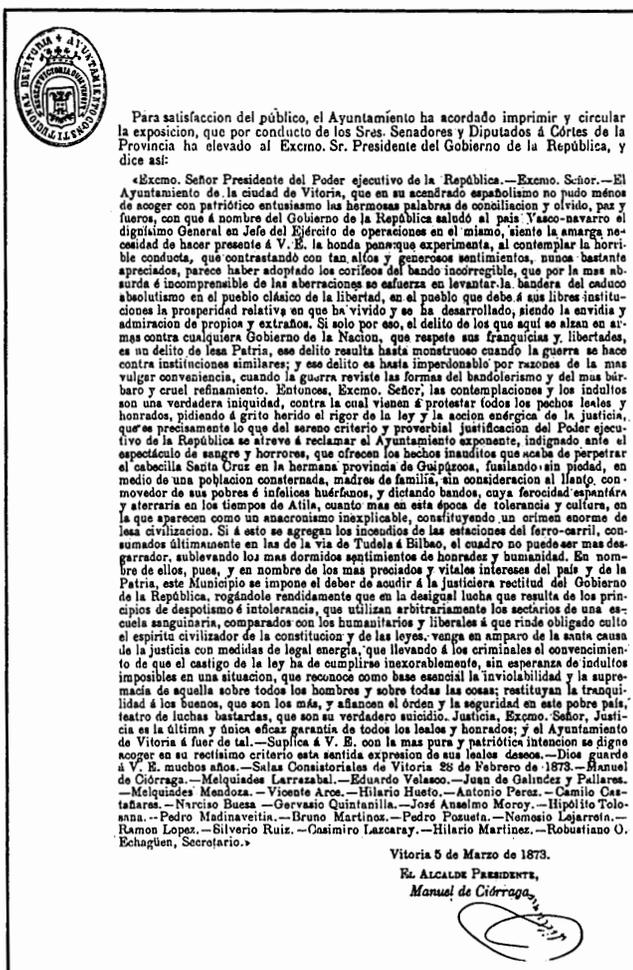
Ante este tipo de mixtificaciones históricas, no puedo evitar recordar lo que decía **Julio Caro Baroja** cuando definía irónicamente a ETA como “un híbrido entre Mao y el cura Santa Cruz”. Más exactamente, en “**El laberinto vasco**” (1986) afirma:

Tienen sus héroes, que a veces van emparejados peregrinamente Mao y el cura Santa Cruz”, y llegan a las grandes síntesis histórico-políticas cuando afirman cosas tales como la de que los carlistas eran los verdaderos defensores de las libertades populares, mientras que los liberales representaban (¿cómo no?) la opresión burguesa, foránea y otros muchos males. (...) Personalmente tengo mis dudas acerca del gran sentido de la libertad que tuvieran el pretendiente y su coro de clérigos (...). Si las “libertades forales” podían ser defendidas, a la par, por una masa de clérigos, frailes y monjes, de espíritu teocrático, y por palaciegos, burócratas ordenancistas, militares absolutistas y otras gentes por el estilo, no cabe duda de que aquellas eran unas libertades muy peregrinas.

Y añadía:

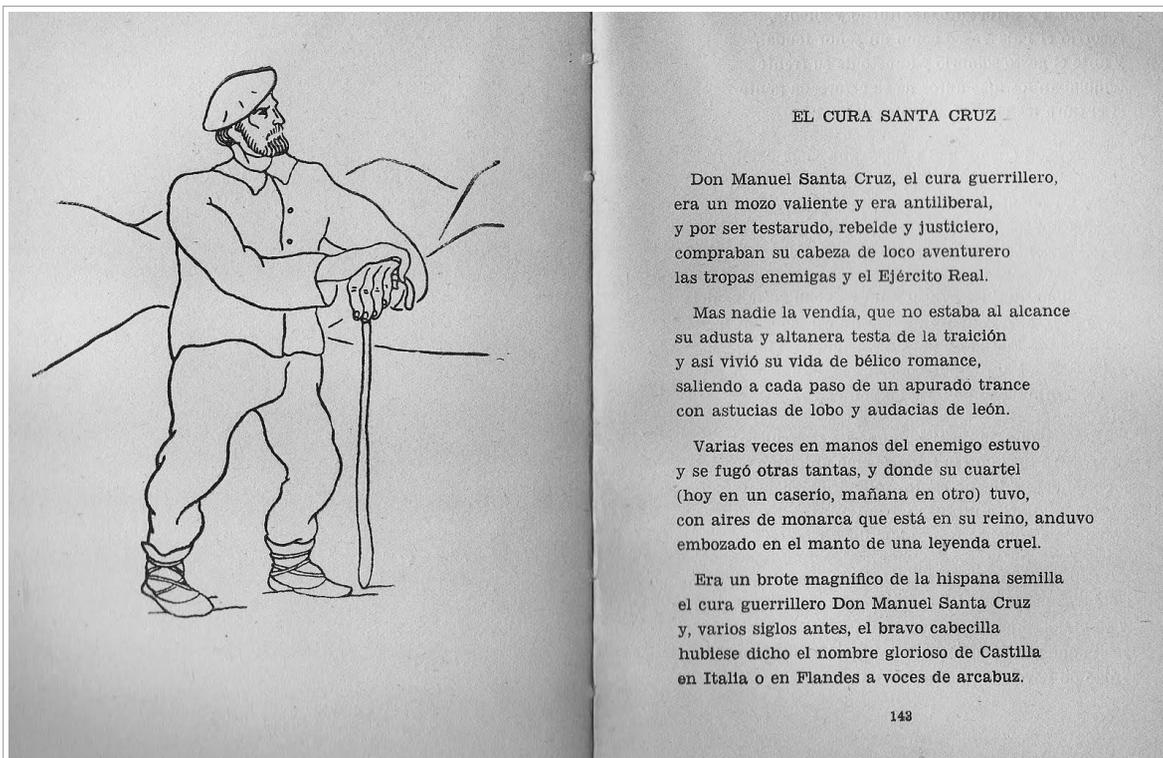
El guerrillero vasco de 1875 va junto al revolucionario ruso de 1917; el orador político hace un repaso de la historia en que en 5 minutos aparecen todos los agravios habidos y por haber; desfilarán el cura de Santa Cruz, els segadors, etc.

Los hechos ocurridos en el tiempo son algo tan abigarrado y atemporal, como un baile de disfraces de distintas épocas...



Carta del ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz al Gobierno condenando a Santa Cruz, 1873.

“(…) se atreve á reclamar el Ayuntamiento exponente, indignado ante el espectáculo de sangre y horrores, que ofrecen los hechos inauditos que acaba de perpetrar el cabecilla Santa Cruz en la hermana provincia de Guipúzcoa, fusilando sin piedad en medio de una población consternada, madres de familia, sin consideración al llanto conmovedor de sus pobres é infelices huérfanos, y dictando bandos, cuya ferocidad espantára y aterraría en los tiempos de Atila, cuanto mas en esta época de tolerancia y cultura, en la que aparecen como un anacronismo inexplicable, constituyendo un crimen enorme de lesa civilización. Si á esto se agregan los incendios de las estaciones del ferro-carril, consumados últimamente en las de la vía de Tudela á Bilbao, el cuadro no puede ser mas desgarrador, sublevando los mas dormidos sentimientos de honradez y humanidad. (...) venga en amparo de la santa causa de la justicia con medidas de legal energía, que llevando á los criminales el convencimiento de que el castigo de la ley ha de cumplirse inexorablemente (...)”



EL CURA SANTA CRUZ

Don Manuel Santa Cruz, el cura guerrillero,
era un mozo valiente y era antiliberal,
y por ser testarudo, rebelde y justiciero,
compraban su cabeza de loco aventurero
las tropas enemigas y el Ejército Real.

Mas nadie la vendía, que no estaba al alcance
su adusta y altanera testa de la traición
y así vivió su vida de bélico romance,
saliendo a cada paso de un apurado trance
con astucias de lobo y audacias de león.

Varias veces en manos del enemigo estuvo
y se fugó otras tantas, y donde su cuartel
(hoy en un caserío, mañana en otro) tuvo,
con aires de monarca que está en su reino, anduvo
embozado en el manto de una leyenda cruel.

Era un brote magnífico de la hispana semilla
el cura guerrillero Don Manuel Santa Cruz
y, varios siglos antes, el bravo cabecilla
hubiese dicho el nombre glorioso de Castilla
en Italia o en Flandes a voces de arcabuz.

Déspota y arrogante, taciturno y silente,
recorrió el País Vasco como un señor feudal,
y ante el gesto sombrío y adusto de su frente
temblaban los más duros de su esforzada gente
si el Cura les clavaba sus ojos de metal.

Su espada era un mal palo, y una vieja zamarra
su brillante uniforme de general, y así,
como un duende guerrero, su figura bizarra
vagaba por los montes de Guipúzcoa y Navarra
cayendo donde menos le esperaban, allí.

Fué honesto y temerario y muy ducho en la ciencia
de la guerra, y sediento de una nueva emoción,
un buen día marchóse para hacer penitencia,
y, en Roma, Pío Nono le concedió una audiencia
y le bendijo luego de oírle en confesión.

¡Era español de raza! Su alma de guerrillero
le arrastró nacia otras tierras como un ciclón después,
y en Colombia fué un santo y oscuro misionero:
le roía el espíritu un fuego aventurero
como el de aquellos frailes que llevó Hernán Cortés.

Vivió una vida austera de antiguo cenobita,
de duras penitencias y constante oración,
y ya viejo—muy viejo—fué Padre jesuita,
hasta que al fin murióse... porque le dió una cita
frío de Loyola, su paisano y Patrón.

Poema de Ignacio Romero Raizábal, 1938.



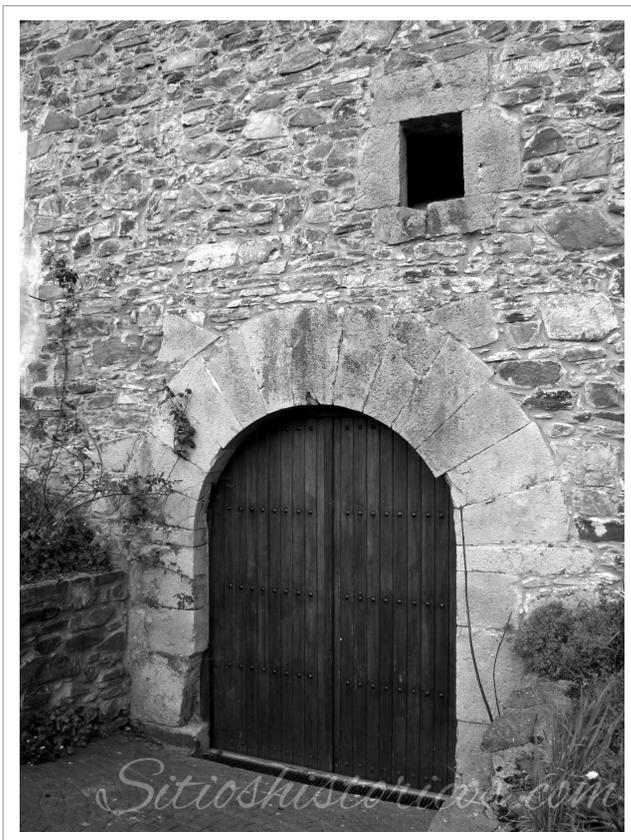
Elduain y Hernialde (mapa de Gipuzkoa).



Elduain (Gipuzkoa), 1915 (Gure Gipuzkoa).



Elduain (Gipuzkoa) 1915, caserío Zamone (Zamorenea) donde nació el cura Santa Cruz (Gure Gipuzkoa).



Puerta del caserío Zamone (Zamorenea), Elduain (Gipuzkoa).



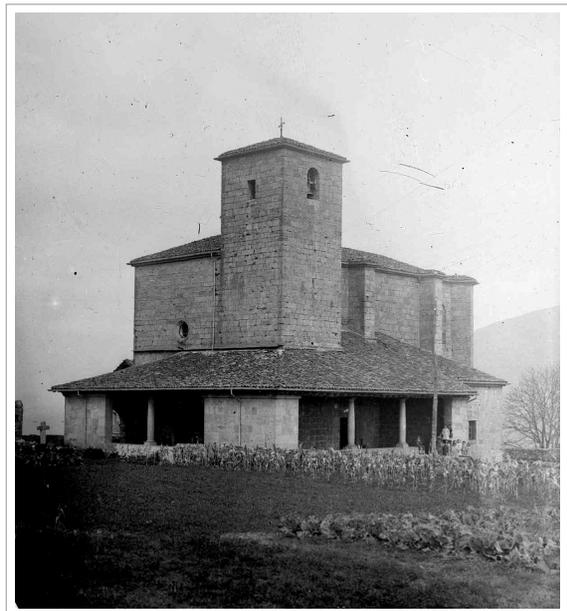
Francisco Antonio Sasiain Santa Cruz.



Caserío Urrutikoetxea, Hernialde (Gipuzkoa), donde se fugo por primera vez (Gure Gipuzkoa).



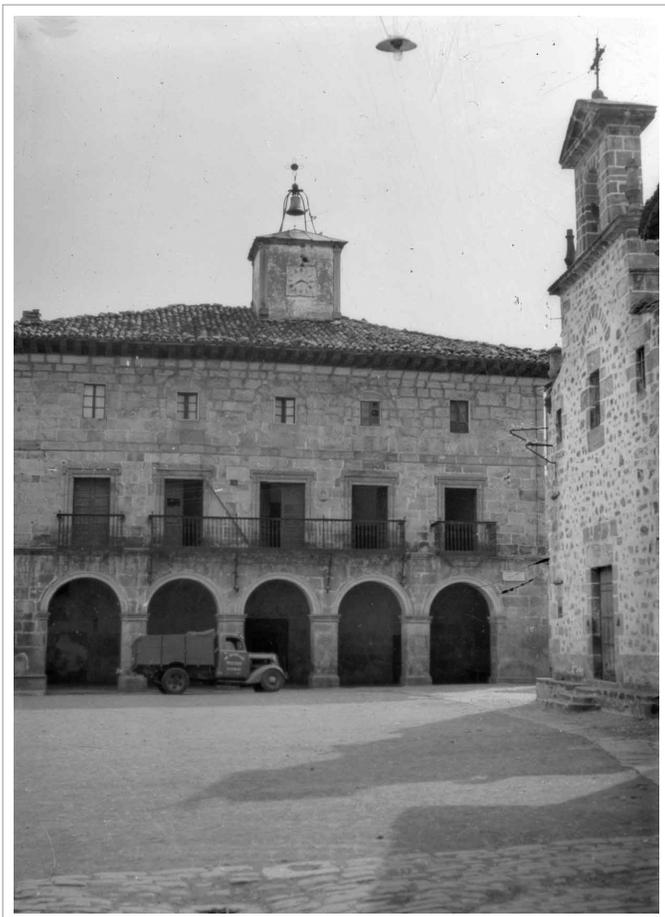
Hernialde (Gipuzkoa), plaza mayor del Cura Santa Cruz, desde 1987.



Iglesia en Hernialde (Gipuzkoa) 1914, (Gure Gipuzkoa). Su primer destino.



Sacristia en la iglesia de Hernialde (Gipuzkoa), (Gure Gipuzkoa).



Ayuntamiento en Aramayona-Ibarra (Araba) 1955,
(Gure Gipuzkoa).



Santa Cruz escondido en el río tras su fuga del
ayuntamiento, (ilustración de 1928).



Caserío Urdungio en el barrio Ganzaga (Aramayona, Araba), donde se refugió Santa Cruz.

La cueva de Ipizte



Cueva donde se refugió Santa Cruz en el monte Ipizte (Elorrio, Bizkaia), en los límites del entorno de Aramaiona (Araba).

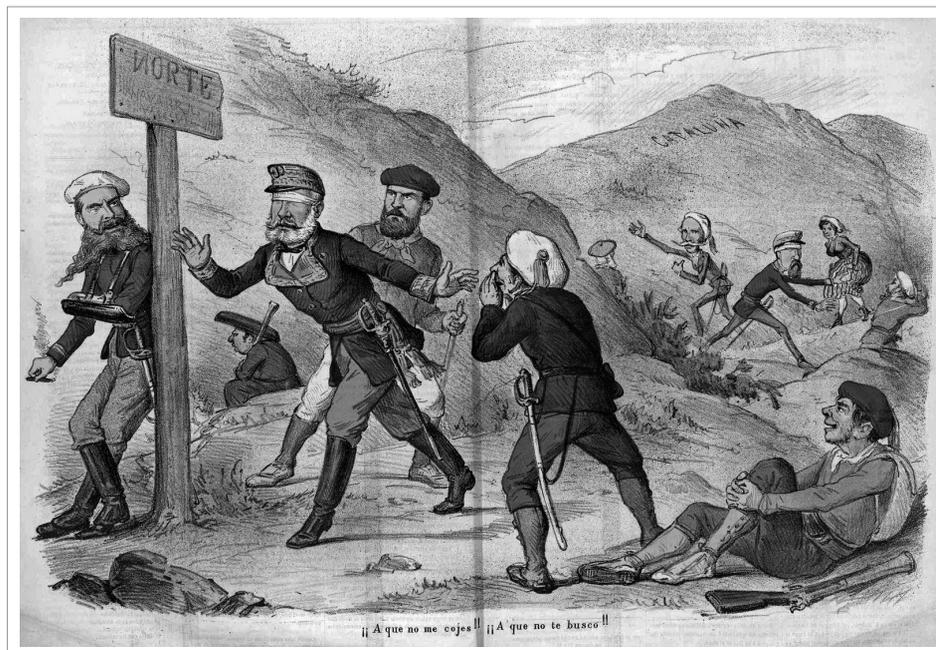


La acción de Deba.

Iglesia que el cura Santa Cruz amenazó quemar con los soldados dentro, Deba (Gipuzkoa).



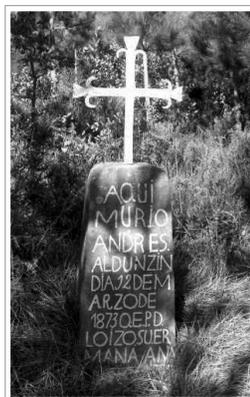




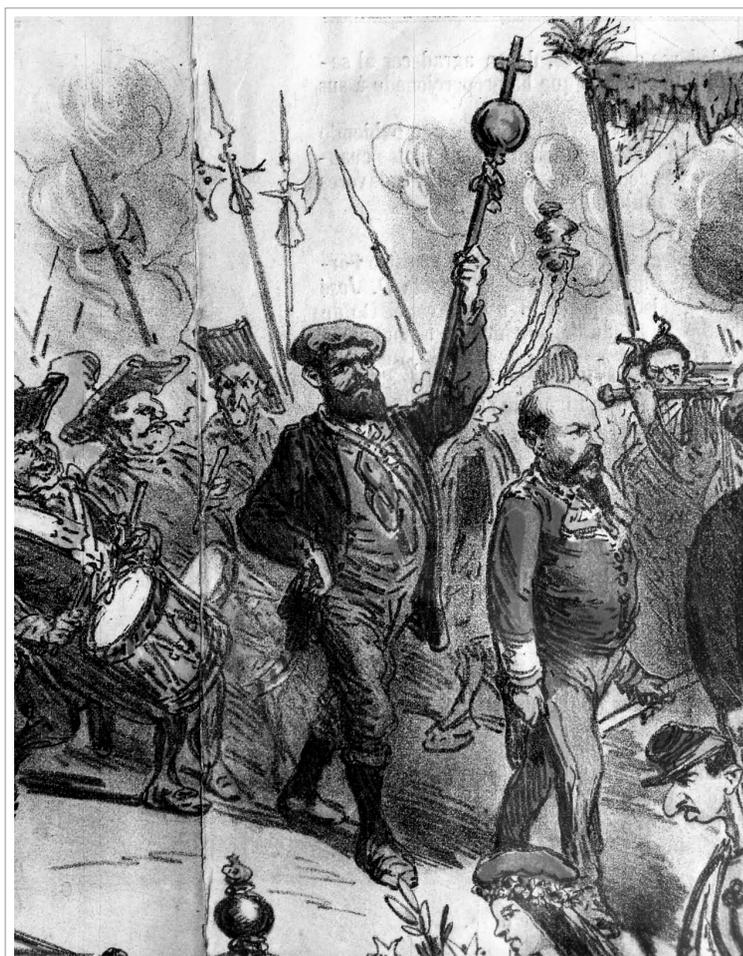
Santa Cruz y Dorregaray jugando con Nouvillas, La Flaca 18-6-1873.



Caricatura de Santa Cruz: felino de la clase de los carniceros.



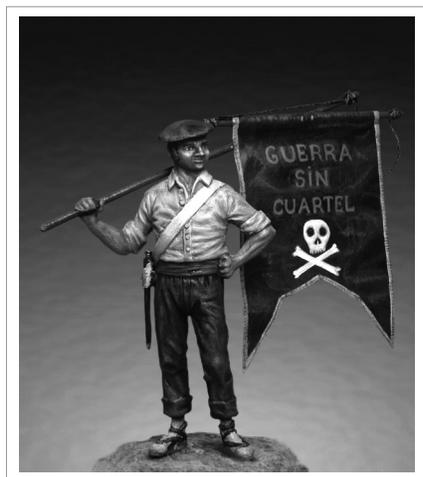
Estela homenaje al fusilado teniente de alcalde Alducín. Berástegui, Gipuzkoa.



Caricatura de Santa Cruz, La Madeja Política, 30/5/1874.



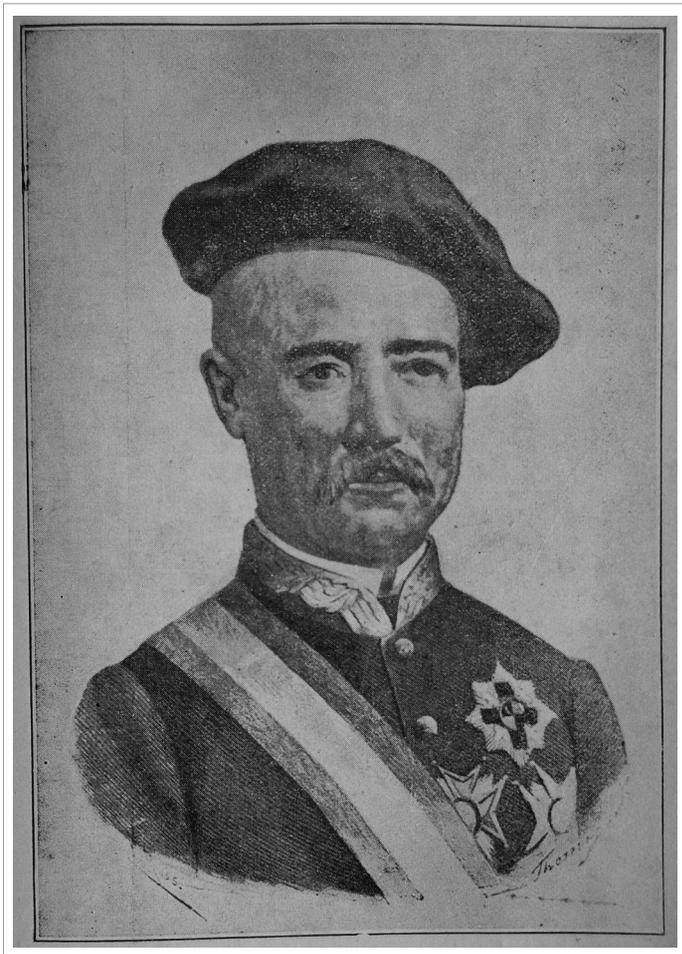
“Las compañías de Santa Cruz tenían dos banderas: la negra donde se leía ‘guerra sin cuartel’, y la que la llevaba uno de Zarautz con los colores nacionales donde ponía ‘victoria o muerte’”. Juan Olazabal y Ramery.



Soldado de plomo con el estandarte.



Caricatura del integrismo.



*Don Antonio Lizarraga y Esquiros, general Carlista.
Pamplona 1817 - Roma 1877.*



Joaquín Llorens y Fernández de Córdoba. Segundo marqués de Córdoba, fué un militar y político tradicionalista español, diputado a Cortes durante la Restauración alfonsina. Valencia 1854-Orihuela 1930.



Estatua de Felipe Dugiols Balanzategi (Tolosa 5/3/1840- Donostia 28/5/1900) en Tolosa, Gipuzkoa.



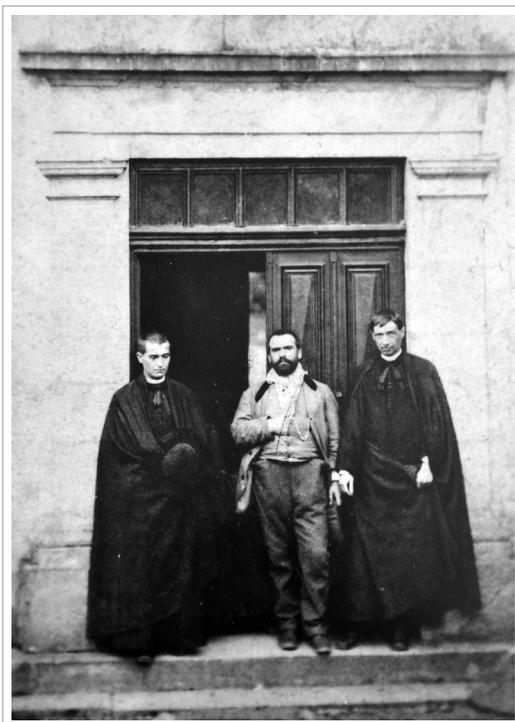
*Juan Nepomuceno de Orbe Mariaca Marqués de Valdespina, general Carlista.
Ermua 2/5/1817- Ermua 24/4/1891.*



El cura Santa Cruz, tras su fuga de Hernialde, retratado en Bayona (Francia), octubre de 1870.



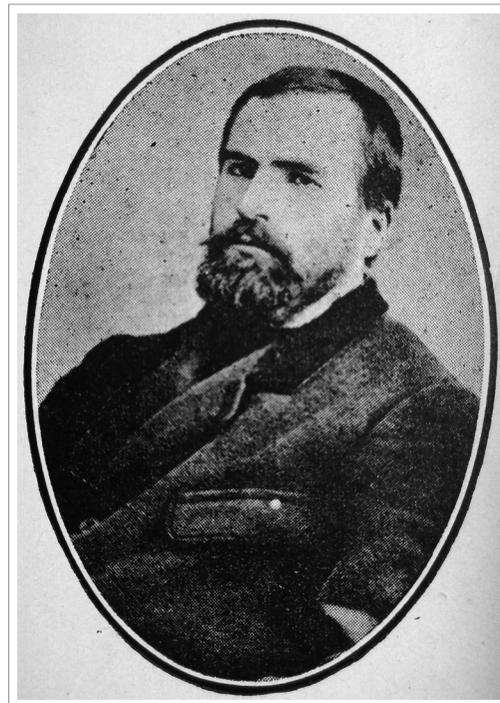
Residencia jesuítica en Lille, Francia.



*Residencia Larreta-Acelain en Anglet (Francia).
De izda. a dcha.: Patricio Orcaiztegui (cura de Sorabilla), el cura Santa Cruz y D. Francisco de Felipe (Cura de Amezketa).
Juan Olazabal y Ramery.*



La señora Emma Dupont en Ciboure (Francia) en 1873. Acerrima Carlista y protectora de Santa Cruz.



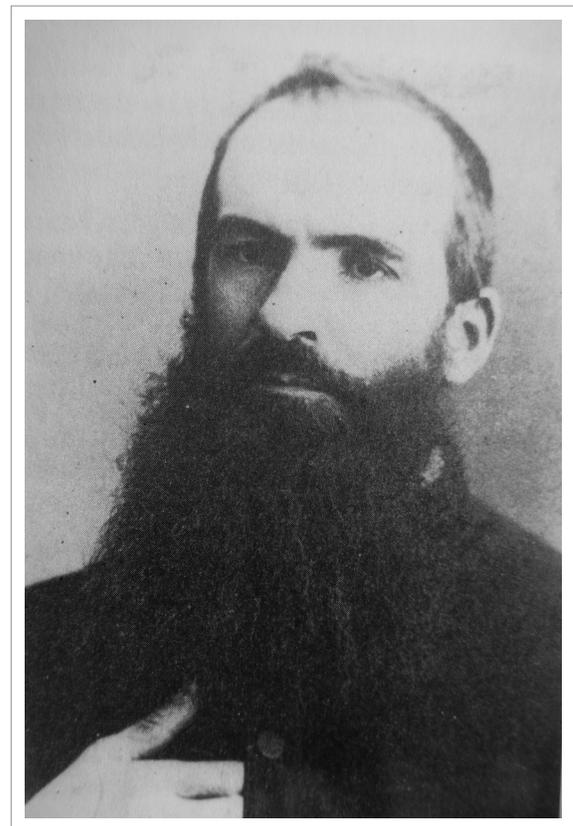
El cura Santa Cruz durante su exilio en Lille (Francia), entre los años 1874-1876.

BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA

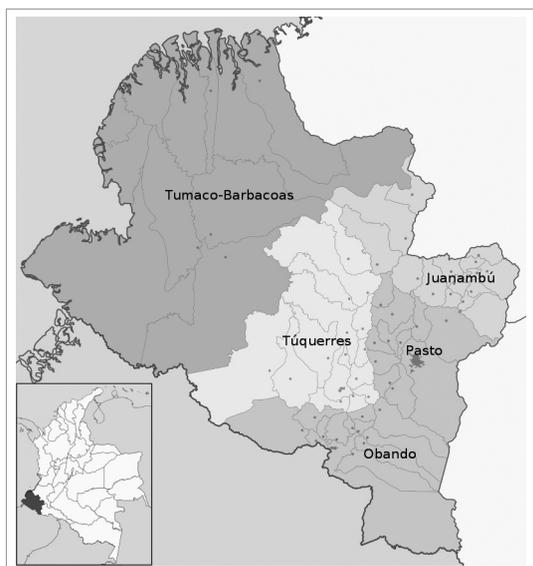
- Ayestarán, José Antonio: “El Cura Santa Cruz, mito populista vasco”, *Muga*, nº 2, 1979.
- Azurmendi, Xabier: *El Cura Santa Cruz*, Bilbao, Idatz Ekintza, 1986.
- Bernoville, Gaëtan: *La croix de sang. Histoire du curé Santa-Cruz*, París, Bernard Grasset, 1928.
- Caro Baroja, Julio: *El laberinto vasco*, Madrid, Sarpe, 1986.
- “En torno a una fotografía del Cura Santa Cruz”, artículo en la web del Museo Zumalakarregi. 3-5-2017. <http://www.zumalakarregimuseoa.eus/es/blog/en-torno-a-una-fotografia-del-cura-santa-cruz>
- Garmendia, Vicente: “Miguel Dorronsoro y Ceberio. Un estadista guipuzcoano hace un siglo”, *Sancho el Sabio*, nº 4, 1994.
- “La partida del Cura Santa Cruz y su bandera”, artículo en el blog *Noticias Carlistas*. 16-6-2011. <http://noticiascarlistas.blogspot.com/2011/06/la-partida-del-cura-santa-cruz-y-su.html>
- López Antón, José Javier: “Significación ideológica en la historia vasca de la guerrilla del Cura Santa Cruz (1872-1873)”, *Muga*, nº 80, 1992.
- “Los fusilamientos de Endarlaza: crónica de un desastre anunciado”, artículo en el blog *Hechos, anécdotas y relatos de las guerras carlistas*. Actualizado el 10-2-2018. <http://mikelatz.blogspot.com/2016/12/los-fusilamientos-de-endarlaza-cronica.html>
- Olazábal y Ramery, Juan: *El Cura Santa Cruz guerrillero*, Vitoria-Gasteiz, Montepío Diocesano, 1928.
- Urquijo, Julio de: “Apuntes históricos del Excmo. Sr. General Lizarraga sobre la campaña de 1872 a 1876”, *Revue internationale des études basques*, tomo 24, 1933.
- Urquijo, Julio de: *La cruz de sangre. El Cura Santa Cruz. Pequeña rectificación histórica por Julio de Urquijo*, San Sebastián, Nueva Editorial, 1928.



Colegio St. George en Jamaica.



Santa Cruz como misionero en Jamaica entre 1876 y 1891.



Nariño, zona de Pasto (al Este). Wikipedia.



Colegio San Francisco Javier en Pasto, Colombia.

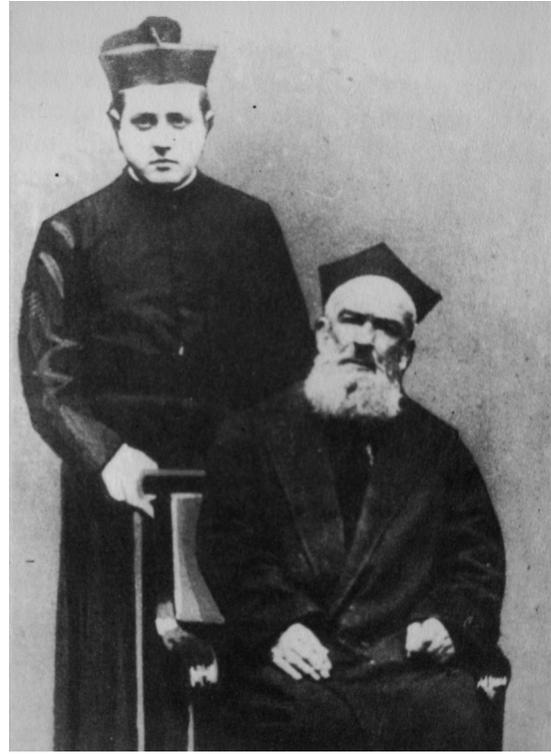


Colombia, iglesia de San Ignacio y detalle de la lápida frente a esta.



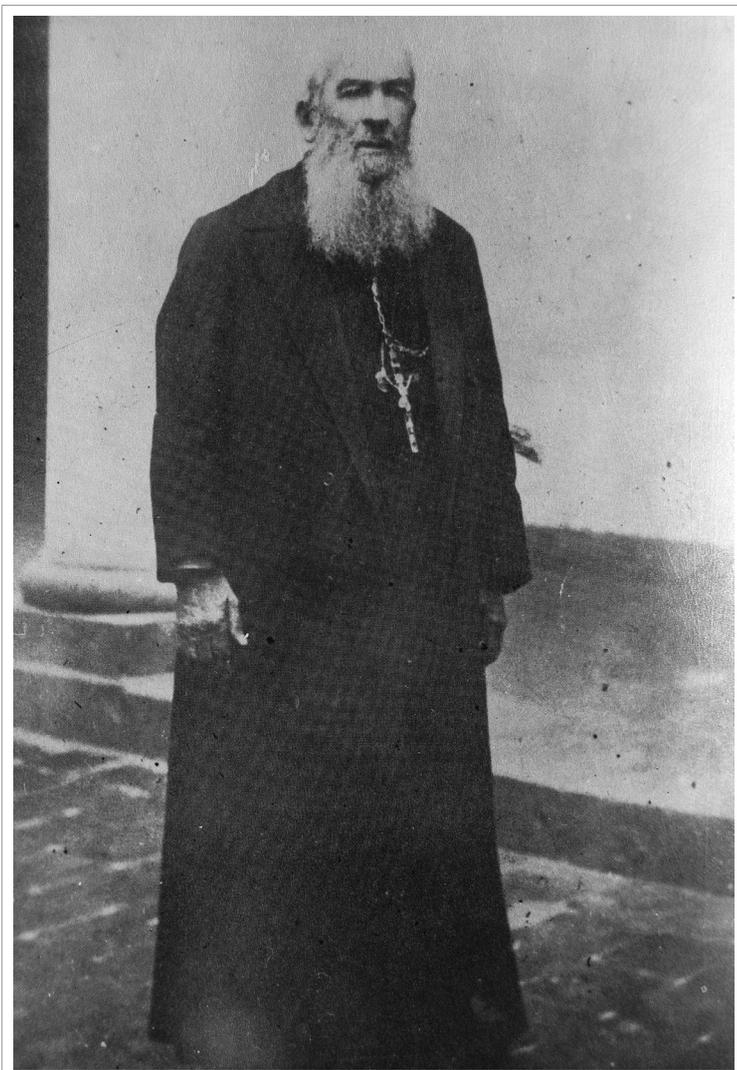


Santa Cruz ingresó en la compañía de Jesus (jesuitas) el 31/07/1922 en Pasto, Colombia.

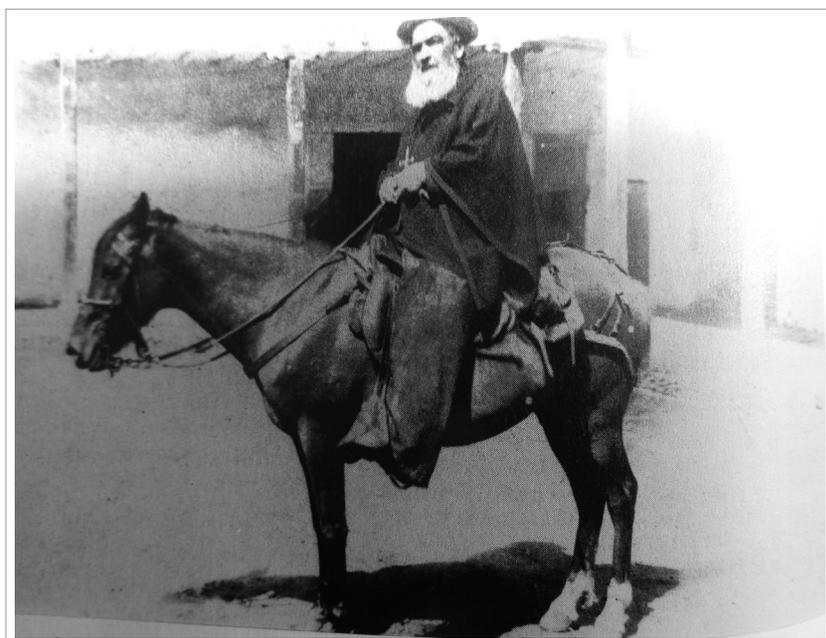
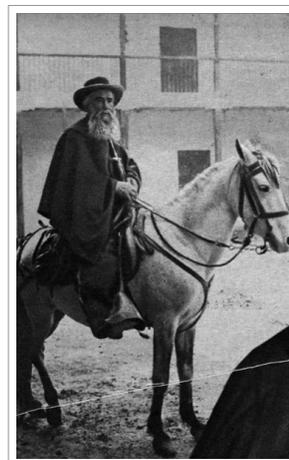


Ezequiel Moreno (Alfaro 9/4/1848- -Monteagudo (Navarra) 19/8/1906), obispo de Pasto.





Santa Cruz en su etapa de misionero en Colombia.



EL LUGAR DEL COCINERO

Aitor Amutxastegi Ramos.
Restaurante Arraunlari, Hondarribia.

El lugar de un cocinero, el mío pues, es estar en el mercado buscando productos de calidad, entre fogones guisando, o dándole vueltas a la cabeza para crear y mejorar recetas con las que satisfacer a quienes confían su paladar en nuestras manos. No son, pues, la pluma o el teclado del ordenador las herramientas que me son más cómodas. Pero dejando de lado por un rato las cazuelas, sartenes y parrillas, voy a intentar estar a la altura de la versión académica de la charla sobre el cura Santa Cruz, y tras las intervenciones eruditas de quienes me preceden en los capítulos de este libro, haré como complemento un sencillo relato de lo que fue para mí un agradable reto de gastronomía y evocación histórica.

El encargo de Luis Zavala era el de obsequiar a los asistentes a una conferencia en el caserío Iriondo-Goikoa del pueblo navarro de Gorriti, con un cóctel que tuviera relación con el protagonista de la conferencia. Y me encontré con un primer escollo: yo nunca había tenido información sobre Manuel Ignacio Santa Cruz Loidi, el cura Santa Cruz. Complicado pues el reto. Y para añadirle picante al envite... En mi memoria el primer libro que yo había visto sobre Santa Cruz, había sido al otro lado del atlántico, en La Havana, Cuba.

De Santa Cruz, que no tiene ni una línea en los libros de texto educativos, nos es difícil a los más jóvenes tener una imagen fiel de sus andanzas. Su caso me recuerda al de otros

vascos que parece que a algunos les resultan incómodos, como el de Catalina de Erauso, o el de Lope de Aguirre, cuyo conocimiento me había atraído ya antes que la figura de Santa Cruz. Sus claroscuros, los de los tres, animan unas vidas regidas por un sentido de la libertad que dificulta mucho el que puedan ser propuestos como referentes en la vida moderna.

Bueno, pues así empezó el reto de confeccionar un menú, que fuera acorde con lo que se servía en las mesas que el cura y sus coetáneos frecuentaban. Eran unos tiempos en los que la importancia del comer venía dada por la propia realidad social de cada momento. Por tanto, entendemos que se trataba más bien de alimentarse. Lo que se haría unas veces con más boato que otras, y dependiendo de la clase social a la que se perteneciera, o con la que se pudiera compartir mesa.

Los menús sin duda venían marcados por los productos del entorno y de la época del año, y las técnicas, muy rudimentarias, se limitaban al guiso y al asado. Lo que no evitaba el poder sacarle todo el partido a la rica huerta local y a la variada caza de los bosques cercanos.

El propio cura y su entorno no disponía de tiempo para dedicarle a la cocina, por eso recurría, de ser posible, a sus amistades; como era la del cura de Gorriti, maestro como él, también en otras artes diferentes a la del ejercicio religioso. En este caso, el clérigo de la recóndita aldea navarra, guisaba de una par-

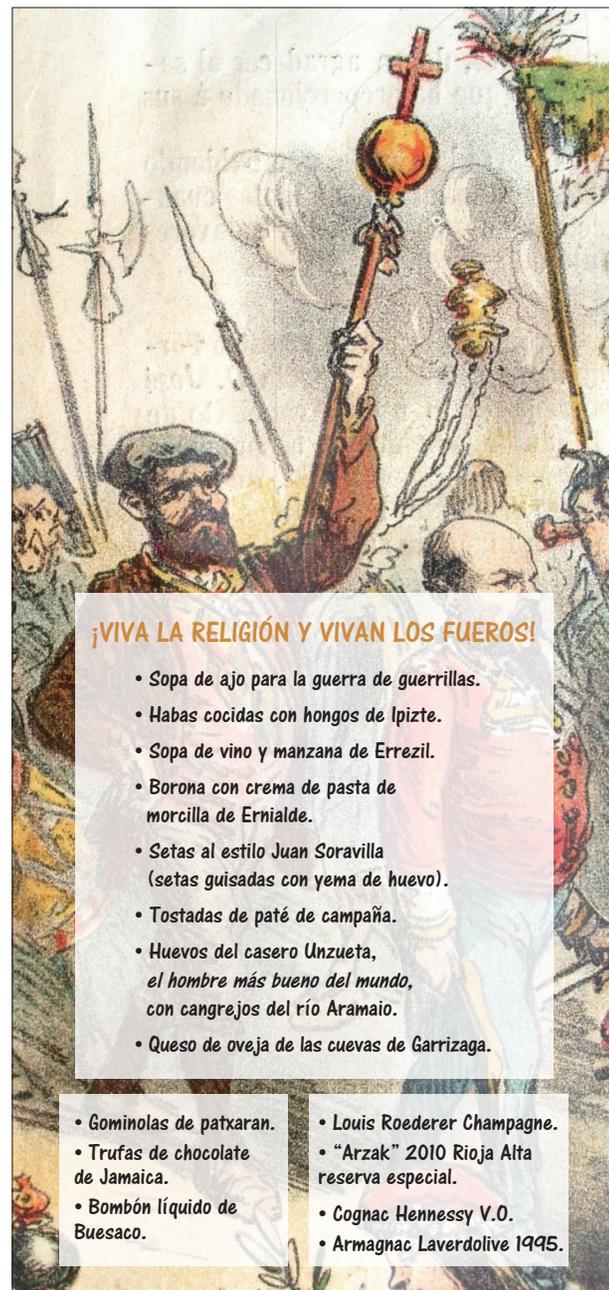
particular y sabrosa manera las setas que recogía en los prados y bosques, a la sombra de las ruinas del castillo que albergó la localidad en épocas pretéritas.

Por tanto, en el menú que confeccioné para el encargo que se me había hecho, sobresalían los guisos y sabores con la intención y la fuerza capaz de evocar aquel tiempo. Cocina de producto habitual, de diario, cercano y elaborado con esmero y cariño.

Además podemos pensar en que pudieron ser cocinados en condiciones difíciles: muchas veces casi en fuga, o al albur de una batalla reciente. Pero eso sí, arropados por la amistad y cercanía de sus anfitriones y compañeros de mesa. Decenios después, a todos esos ingredientes del menú se añadía que en esta ocasión estaba preparada con orgullo profesional. Para ser consumida sin prisas.



Aitor Amutxastegi frente a los asistentes.



Este libro se finalizó el 21 de junio de 2018,
solsticio de verano y festividad de San Luis Gonzaga.



